Las circunstancias

4

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLE

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 31—Precio: 2 reale

(Contiene los pliegos 91 á 93)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

LAS CIRCUNSTANCIAS.

LAS CIRCUNSTANCIAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe de Madrid, el 18 de Noviembre de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ. CALVARIO 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA	Doña Matilde Diez.
MARIA	Doña Elisa Boldun.
MIGUEL	Don Manuel Catalina.
LUIS	Don José Olona.
ANTONIO	Don Francisco Oltra.
MARIANO	Don Ramon Menor.

El Sr. D. Francisco Oltra se ha encargado del papel de Antonio, infinitamente inferior á su categoria, solo por darle mayor unidad al cuadro. Al consignarlo públicamente no hago más que cumplir con un deber de gratitud.

AL PINTOR

DON FRANCISCO DOMINGO Y MARQUES,

En testimonio de amistad,

El autor.

ACTO PRIMERO.

Despacho de Miguel.—Gabinete reducido con puerta grande al foro y dos pequeñas al lado izquierdo.—En primer término de la derecha, una chimenea encendida, y delante de ella, una mesa-escritorio con un sillon en cada uno de sus testeros. El segundo término del mismo lado, le ocupa una estanteria con protocolos archivados, los que, segun la práctica establecida, estan todos idénticamente cosidos, de modo que se confundan entre sí los de un mismo volúmen.—El resto del mueblaje en armonia con la habitacion y distribuido del modo más conveniente á la sucesion de las escenas.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, sentado al pupitre, se ocupa en revisar unos documentos. ELVIRA, ocupa una silla no distante de su marido, y lee un periódico.

MIGUEL. Pero mujer, ¿es posible que no has de verte nunca harta de leer periódicos?

ELVIRA. No parece sino que cometa un crímen.

MIGUEL. Crímen no; pero esa comezon que te domina, está fuera de las condiciones de tu sexo.

ELVIRA. No hago sino cumplir un cometido que es tuyo en realidad; pero como tú te muestras indiferente á cuan-

to te rodea, me veo en la precision de abrogarme tus derechos.

MIGUEL. ¿Y qué noticias tenemos hoy?

ELVIRA. Acabo de tomar el periódico, y ya me encuentro con una que nos interesa.

MIGUEL. ¿Cuál?

ELVIRA. La descripcion del baile dado por el gobernador de Jaen para solemnizar los dias de su esposa.

MIGUEL. ¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

ELVIRA. Nada. ¿Quién ejerce hoy el gobierno de esa provincia?

MIGUEL. Tamarite.

ELVIRA. ¿Y te parece que no es de extrañar la posicion de que goza, cuando mil veces me has referido que por economizar el pupilaje tuvo que apelar al recurso de convertirse en el amante de su patrona?

MIGUEL. Efectivamente, era un cambalaje de amor por garbanzos.

ELVIRA. Pues anda, recuérdaselo hoy. Gobernador de una provincia le tienes; y con el tiempo acaso le veas ministro.

MIGUEL. Ó archipámpano de Sevilla.

ELVIRA. ¿No? ¡Pues difícil es! Mira tu compañero Martinez.

MIGUEL. ¡Subsecretario de Gracia y Justicia!

ELVIRA. Pregúntale si soñaba en serlo hace diez años, cuando encenagado en la crápula os acometia con aquellos proverbiales versos:

Vuestros muchos beneficios
colmados hoy se verán
si un duro me dais propicios.
No es para comprarme pan,
es para gastarlo en vicios.

MIGUEL. ¡Já, já, já! Pues mira, tienen gracia!

ELVIRA. Y cinismo.

MIGUEL. Tonterias de la juventud. El pobre estaba sin un cuarto.

ELVIRA. Esa es precisamente mi tema; que tanto él como Tamarite eran un par de hambrones, y los tienes ocupando una gran posicion oficial.

MIGUEL. Pues vamos, ellos sabrán lo que han hecho para conseguirlo.

ELVIRA. No parecerse en nada á tí; tener osadia y aprovecharse de las circunstancias, explotando cuanto les rodea sin miramiento alguno.

MIGUEL. En cambio se cuentan de ellos mil historias que ponen en duda su probidad, mientras que á mí me dispensan todos una confianza sin límites, consecuencia natural de mi honradez.

ELVIRA. Pero mira los resultados. Tú trabajas como un negro para cubrir tus atenciones, y ellos se encuentran con una fortuna muy envidiable, sin que los mismos que la achacan un orígen dudoso, se denigren en llamarles sus amigos y estrechar su mano.

MIGUEL. ¿Es decir que tú quieres comodidades y posicion social aun á trueque de sacrificar hasta la virtud?

ELVIRA. ¡La virtud! la virtud es una cosa convencional de que el hombre se sirve segun las circunstancias.

MIGUEL. ¿Sabes que con tus teorias es muy posible que nuestro hijo llegara á ser por el tiempo un Diego Corrientes ú otro bandido de su calibre?

ELVIRA. ¡Siempre interpretándolo todo al revés!

MIGUEL. ¡Es decir que no existen las buenas obras?

ELVIRA. Sí; pero están en proporcion de la gente á quien se canoniza. ¿Tú crees ser muy bueno, verdad?

MIGUEL. Mujer... así, asi.

ELVIRA. Si mañana te encontraras en el arroyo diez mil reales, ¿qué harias?

MIGUEL. Devolverlos.

ELVIRA. Mayormente si no te sacaban de miseria, y sabias que quien los habia perdido necesitaba de ellos. Pero, ¿y si estando en la indigencia, en vez de diez mil reales, tuvieras un hallazgo de treinta mil duros?

MIGUEL. (Dudando.) Por treinta mil duros ya darian una buena recompensa.

ELVIRA. Sin darte nada, ¿los devolverias?

MIGUEL. Podia haberlos perdido algun pobre cobrador del Ban-

co, ó...

ELVIRA. No, no; los ha perdido Rostchild, á quien te consta que ninguna falta le hacen.

MIGUEL. Tambien tú colocas la cuestion en un terreno, que...

ELVIRA. ¡Toma! Yo no te digo el número de circunstancias que han de concurrir para que el hombre olvide sus deberes; pero sí te demuestro que tal puede ser el cúmulo de ellas y su índole especial, que le obliguen á hacerlo. Por lo pronto, en el caso que te cito, dudarias; mejor dicho, te quedarias con los treinta mil duros, y procediendo así, no podrás negar que la virtud que pusiste en práctica al devolver los diez mil reales, no fué virtud, toda vez que en el caso segundo se convirtió en delito por un cambio de circunstancias.

MIGUEL. Todos los crímenes, Elvira, tienen las suyas atenuantes. Me presentas un caso en que la culpabilidad es casi nula, y en que el buen concepto no ha de lastimarse en lo más mínimo, puesto que no ha de saberse.

ELVIRA. ¿Luego tú crees que con salvar las apariencias ya está todo arreglado? Pues ese, Miguel, es el egoismo ó la virtud que en general se profesa con más ó ménos hipocresia.

MIGUEL. ¿Y porque todos lo hagan ya no es malo?

ELVIRA. Malo es; pero no tanto como si ese criterio estuviera ménos generalizado.

MIGUEL. ¡Virtud relativa!... ¡criterio! Pues apenas filosofas tú. Y, en fin, estás muy equivocada si supones que á mí no me gustan las butacas de muelles, la carretela de doble suspension, y la mesa servida por criados con guantes; pero si á costa de mi reputacion he de gozar de lo supérfluo, me limito con gusto á las sillas de anea, mis paseitos á pie al Retiro, y un sota, caballo y rey servido por Mariano con las manos en cueros. Tú preséntame una ocasion como la que citas, y veremos si la desperdicio.

ELVIRA. Búscala tú.

MIGUEL. ¿Para qué he de tomarme esa molestia?

ELVIRA. ¿Quieres que te llueva el maná?
MIGUEL. No lo sentiria.
ELVIRA. Así no medraremos nunca.
MIGUEL. Paciencia.
ELVIRA. No es poca la que se necesita contigo.
MIGUEL. Chica, Dios proveerá.
ELVIRA. Sí, fíate en la Vírgen y no corras.
MIGUEL. (Esforzando la voz.) Pero, demonio, ¿qué quieres que haga?

ESCENA II.

DICHOS y ANTONIO, con un paquete con carpetas de papel blanco lacradas y selladas.

ANT. (Desde la puerta del foro.) Si riñen ustedes me marcho, que no quiero privarles de ese placer. (Miguel y Elvira se levantan.)
MIGUEL. (Abrazándole.) ¡Hola! entra, perdido.
ELVIRA. Amigo, ¡qué gracioso está hoy el tiempo! Cómo se conoce que es usted viudo, y puede usar de sus diatrivas impunemente.
MIGUEL. Siéntate, hombre, siéntate, y cuéntame qué es de tu vida. (Se sientan.)
ELVIRA. ¡Tanto tiempo sin venir por casa!
ANT. Crea usted, Elvira, que ya me daba vergüenza; pero un dia por otro lo he ido dejando...
ELVIRA. Y Maria, ¿buena?
ANT. Buena; gracias. La prueban mucho los aires de mar.
MIGUEL. ¡Cómo! ¿No está en Madrid?
ANT. No, en Barcelona. Hace quince dias que se marchó con la familia de Cortés, á quien, como sabrás, han trasladado allí.
ELVIRA. ¿Pero estaba enferma?
ANT. Enferma precisamente, no; sumida en una tristeza tan grande que nada la distraia.
ELVIRA. ¡Pobre muchacha!

MIGUEL. Vamos, algun amorcillo sin correspondencia.

ANT. Tal vez. El médico me aconsejó que la hiciese cambiar de aires, y aprovechando los ofrecimientos de la mujer de Cortés, la dí licencia para pasar con ellos unos dias hasta que yo vaya á recogerla.

ELVIRA. ¿Y dice usted que la prueba aquello?

ANT. Mucho; segun me escriben, está desconocida.

MIGUEL. Pues que se quede allí una buena temporada.

ANT. Imposible. Esta noche salgo para Zaragoza y Barcelona, y dentro de cinco ó seis dias estaremos de regreso.

ELVIRA. Amigo, viajes de placer; á lo grande.

ANT. ¡Qué quiere usted! quien puede lo gasta.

MIGUEL. ¿Estamos de buenas, eh?

ANT. No va mal.

MIGUEL. ¡Bribon!

ELVIRA. ¡Vicioso! Parece mentira que con sus años tenga usted tan poco juicio.

ANT. ¡Vamos, ya va usted á reñirme segun costumbre!

ELVIRA. Es claro. Un padre de familia no debe exponer lo poco ó mucho que tenga á los azares del juego.

MIGUEL. Te diré: lo malo que tiene Antonio, es que no sabrá concretarse á hacer la jugada y darle un adios al vicio, sino que como la aficion le domina, seguirá y seguirá...

ANT. No lo creas, Miguel; lo hago por cálculo. Con veinte reales que tengo de asignacion dime, si es posible que yo cubra mis atenciones con la decencia que reclama la educacion que he recibido.

ELVIRA. En eso tiene razon Antonio. Él no puede ponerse una blusa, ni comer en un figon porque se le resiste; y sus medios sin embargo no dan para mucho más.

ANT. Naturalmente apelo á ese recurso; y unos dias bien y otros mal me voy vandeando hasta que consiga dar un golpe, que creo no ha de tardar.

MIGUEL. Si ántes no te lo dan á tí.

ELVIRA. De todos modos es llevar una vida de azares.

ANT. Elvira, ¿y quién no tiene los suyos?

ELVIRA. Es verdad.

ANT. Con que chico, yo aun tengo que hacer unas diligencias.

MIGUEL. ¿Ya te vas?

ANT. Sí.

ELVIRA. Visita de médico.

ANT. No me la agradezca usted. He venido solo á pedirle á Miguel un favor.

MIGUEL. Empieza.

ANT. Ya te he dicho que me marcho esta noche, y como puedes suponer, no estando Maria queda la casa abandonada.

MIGUEL. ¿Quiéres dejarnos las llaves y nosotros daremos una vista.....

ANT. No, gracias: ya ves, la ausencia será muy corta, y por otra parte lo que me pudieran robar puede darse por bien poco.

MIGUEL. Pues tú dirás.

ELVIRA. ¿Es cosa secreta? (Tratando de irse.)

ANT. ¡Qué ha de ser, hija! Puede usted oirlo. No es más, tú que conoces mis instintos, sino que tengo unos papeles que si se descubrieran, podrian originarme sérios compromisos, y quisiera que te hicieses cargo de ellos hasta mi regreso.

MIGUEL. Vamos, ¡otra gracia! la política.

ANT. ¿Y qué quieres?

ELVIRA. No, Miguel; no accedas á su pretension; puedes comprometerte.

ANT. ¿Pero le parece á usted que yo le propondria esto á un amigo mio, si no estuviera seguro de que solo habia responsabilidad para mí?

MIGUEL. ¡Mala cabeza!

ANT. Sobre ser todo papeles dirigidos á mi nombre, he tenido la prevision de lacrar el paquete y sellarlo con mis iniciales para que en cualquier evento se pueda justificar la procedencia.

ELVIRA. Vamos, usted no acabará bien.

MIGUEL. ¡Qué ganas de crearte nuevos conflictos!

ANT. Chico, si tienes el menor inconveniente lo dejas. Yo he creido que los amigos eran para las ocasiones. (Se levanta.)

MIGUEL. Eso es, duda de mi amistad.

ANT. ¿Quiéres que lo abramos para que te convenzas viéndolo?

MIGUEL. No, déjalo. Lo único que te suplico es que en cuanto vuelvas te lo lleves.

ANT. Naturalmente, en mi interés está, y por lo mismo excuso decirte que lo pongas en sitio seguro. (Le da el paquete.)

MIGUEL. Aquí los tendrás. (Saca una llave del bolsillo, abre un cajon del escritorio, y encierra en él el paquete, guardándose la llave.)

ELVIRA. Ya te ha catequizado. ¡Dios quiera que no tengamos que sentir!

ANT. Si ha de estar con zozobra tu mujer, mas vale que me los lleve.

MIGUEL. Déjala, esa ve siempre visiones.

ELVIRA. Como que te veo á todas horas. ¡Vaya!

ANT. Continúen ustedes su reyerta, que yo aun tengo mucho que hacer, y el tiempo que me queda es poco. (Abrazándole.)

MIGUEL. Pues ea, adios.

ANT. Conque hasta la vuelta; y usted, Elvira, no sufra por eso, que no lo merece.

ELVIRA. ¡Ya es usted bueno! Felíz viaje, y un abrazo á Maria. (Dándole la mano.)

MIGUEL. Haz por dejarla más tiempo una vez que aquello la prueba.

ANT. (Ya en la puerta.) Allá veremos. Vaya, adios.

MIGUEL y ELVIRA. Adios. (Desaparece Antonio: Miguel á la puerta del foro.)

MIGUEL. ¡Ah! mi enhorabuena á Cortés por su ascenso.

ANT. (Desde dentro.) No ha sido mas que traslado.

MIGUEL. Pues creí entender.....

ANT. No. (Pausa.)

MIGUEL. Pues nada, expresiones.
ANT. (Alejándose.) Hasta la vista.

ESCENA III.

MIGUEL y ELVIRA.

MIGUEL. Ahí tienes un hombre con un duro diario que es sócio del Casino y no pierde un estreno en el Real.
ELVIRA. Hace bien.
MIGUEL. Mucho. Y en su casa tiene toda clase de privaciones, pues hasta de la boca se lo quita por cubrir las exterioridades.
ELVIRA. En cambio fomenta las relaciones de personas influyentes, y acaso por el tiempo le veas desempeñar algun cargo importante.
MIGUEL. La verdad es que con su sueldo no puede hacer milagros.
ELVIRA. Por lo mismo el hombre se ingenia para mejorar de posicion. No es como tú, que te dejas caer en una silla esperando á que te llueva la breva en la boca.
MIGUEL. Sí; ¡pues te puedes quejar de mi indolencia! ¡Apuradamente no aprovecho cuantas coyunturas se me presentan! Ayer mismo apenas supe que Martinez habia sido nombrado subsecretario de Gracia y Justicia le escribí dándole la enhorabuena y recordándole nuestra amistad para que haga algo en mi obsequio.
ELVIRA. Verás lo que te contesta. Eso es mendigar. Así no se consigue nada.
MIGUEL. ¿Pues qué he de hacer? ¿He de marcharme al ministerio y disputarle un destino á puñetazos?
ELVIRA. Hay otros recursos. Decir soy pobre, equivale á confesarse reo del más punible delito. Y si no recuerda que todas mis compañeras de colegio me consagraron una visita que no han repetido; porque la amistad es un sentimiento que resbala en la silla de anea, mientras produce en la butaca una huella tanto más profunda cuanto

mayor es la riqueza del terciopelo que la reviste.

MIGUEL! ¡Cataplun! frase redonda. ¿De qué novela la has tomado?

ELVIRA. De la de nuestra vida, que no es poco fecunda en peripecias.

MIGUEL. Pues nada, compra unas barajitas, y yo me adiestraré en dar el pego y el salto: visitaré con Antonio los garitos y verás cómo mejoramos de posicion. Dentro de poco hasta tendremos casas propias. Tú San Bernardino y yo el Saladero.

ELVIRA. Contigo no se puede hablar: á lo mejor sales con una pata de gallo.

MIGUEL. Pero criatura, ¿no trabajo como un negro para tí y para mi hijo?

ELVIRA. Y con fruto. Pues de eso me quejo; que sudas el quilo para vivir en la oscuridad sin tratar á nadie que pueda servirte de apoyo. Á no ser que esperes algo del aguador...

MIGUEL. Pues ahora me iré á casa de Salamanca á decirle: «Don José, aquí vengo á que me sirva usted de puntal.»

ELVIRA. Ridiculeces. No se te ocurre pensar que tienes impuestos en la Caja de Depósitos treinta mil reales, fruto de tus economías de diez años, de los que podias destinar diez y seis ó veinte á montar tu casa con cierto decoro?

MIGUEL. Siempre has de sacarme á colacion lo mismo.

ELVIRA. Naturalmente. Porque de ese modo reanudarias antiguas relaciones que espontáneamente te ofrecieran lo que hoy no puedes conseguir con súplicas.

MIGUEL. Y si no lograba mi objeto, el dia que mi hijo me pidiese pan, con decirle que se comiera una silla ya estaba todo arreglado.

ELVIRA. Sí, porque con el fortunon que al paso que vamos le espera, mil duros más ó ménos, mermarán sus rentas.

MIGUEL. El mejor dia me pillas de mal humor, y te doy ese dinero para que te lo gastes á tu antojo. Despues si tenemos que pedir limosna carga tú con la responsabilidad.

ELVIRA. Ya sabes tú que no lo has de hacer. Y hay unas sille-

rias tan coquetas...

MIGUEL. Pues como me enfade...

ELVIRA. Anda, enfádate; mañana vence la imposicion. ¿Quieres que la retiremos? (Con mimo.)

MIGUEL. Aparta, que eres una Eva tentadora.

ELVIRA. Solemos serlo las mujeres cuando tenemos Adanes por maridos.

MIGUEL. (Con disgusto.) Adan, el hombre á quien todos deben el ser.

ELVIRA. Pero tú no te parecerás á él, ¿verdad?

MIGUEL. Ya ves, cuando evito la tentacion...

ELVIRA. No, lo digo por...

MIGUEL. Desengáñate, Elvira; el lujo no es más que un pretexto para encubrir la miseria.

ELVIRA. Pues bien; no compraré la silleria; me gastaré la imposicion en un pretexto.

MIGUEL. Eres incorregible.

ELVIRA. Y tú tenaz.

MIGUEL. Los muebles son tu monomania.

ELVIRA. Creo que tiene derecho tu mujer á exigir que la coloques en la categoria á que, por razones de familia y de educacion, se juzga acreedora.

MIGUEL. ¡Elvira!

ESCENA IV.

DICHOS y D. LUIS, por el foro derecha.

LUIS. ¿Dan ustedes su permiso?

MIGUEL. ¿Quién? Pase usted adelante.

LUIS. Usted dispensará que sin tener el gusto de conocerle, venga á molestarle; pero un asunto del mayor interés...

MIGUEL. Es usted muy dueño. Elvira, ¿quieres hacerme el favor de ver si ha venido Mariano?

ELVIRA. Sí, voy.—Beso á usted la mano. (Á D. Luis.)

LUIS. Á los pies de usted, señora. (Váse Elvira por el foro izquierda.)

ESCENA V.

MIGUEL y LUIS.

MIGUEL. Tome usted asiente. (Se sientan.)

LUIS. Dispénseme usted si no he insistido en que se quedara esa señora por...

MIGUEL. ¡No faltaba más! Ya sabe ella lo que son estas cosas. Cúbrase usted si gusta.

LUIS. Estoy perfectamente. (Miguel toma el sombrero, y le deja sobre la mesa.) No se moleste usted.

MIGUEL. Ya escucho. (Sentándose de nuevo.)

LUIS. No ignora usted que hoy es objeto de todas las conversaciones el suicidio cometido ayer por un jóven relacionado con lo más selecto de nuestra sociedad.

MIGUEL. Sí; ¡pobre muchacho! ¡con una posicion tan brillante!

LUIS. Excuso referirle á usted los infinitos cuanto absurdos comentarios á que ha dado lugar la catástrofe, y entre los que afortunadamente no figura el que por evitar estoy dispuesto á cometer cualquier sacrificio.

MIGUEL. Usted dirá.

LUIS. Ante todo creo dirigirme á usted como la persona encargada de autorizar el sumario.

MIGUEL. Efectivamente.

LUIS. Pues desearia saber si entre los documentos encontrados en casa del suicida, y que han de acompañar al proceso, figura una carta imprudentemente firmada por una mujer.

MIGUEL. Usted debe saber que el sumario es un procedimiento secreto; pero aunque yo me resolviese, por supuesto con reserva, á quebrantar esta formalidad, sin conocer el móvil que le impulsa á usted, no puedo aventurar una contestacion de consecuencias incalculables.

LUIS. Tal prudencia le honra á usted mucho; y aunque me repugne la confesion, no debo ocultarle á usted que esa mujer es mi hermana.

MIGUEL. ¡Ah! pues sí; ese documento obra en mi poder...

LUIS. Sus inconveniencias dieron lugar á que un hombre impresionable se forjara unos derechos que no existian, y que por destruir ha tenido Juana que comprometer su nombre.

MIGUEL. Sí; le pide que la deje vivir honrada para su marido y para sus hijos.

LUIS. Moralmente siempre resalta su ligereza; no la disculpo; es su carácter desgraciadamente; pero en el terreno legal no creo que á mi hermana se la pueda atribuir responsabilidad alguna.

MIGUEL. Ni la más remota. Está probado el suicidio hasta la evidencia.

LUIS. Pues bien: ¿cree usted que hay medio de que esa carta desaparezca del expediente?

MIGUEL. ¡Oh! absolutamente ninguno.

LUIS. ¿No?

MIGUEL. Imposible.

LUIS. Pero reflexione usted, don Miguel, que si esa carta adquiere publicidad...

MIGUEL. No, por eso puede usted estar tranquilo, porque en causas de esta naturaleza, el sobreseimiento es inmediato y reservadas por consiguiente las circunstancias del hecho.

LUIS. Sin embargo, ¿cómo evita usted que en las diversas tramitaciones se enteren de ella unos cuantos, y que luego confidencialmente la propalen?

MIGUEL. Bien; pero...

LUIS. No solo se expone la reputacion de una mujer ante el mundo, sino que es muy posible que se pierda la tranquilidad de una familia.

MIGUEL. ¿Y yo qué quiere usted que haga?

LUIS. Véalo usted bien: reflexione usted que hay dos pobrecitas niñas que acaso tengan que separarse de su madre, y un matrimonio de cuya felicidad es usted árbitro.

MIGUEL. Pero, hijo, ¿no comprende usted que la justicia dejaria

de serlo si estuviera á merced del capricho de los que la administran?

LUIS. Pero este es un caso excepcional.

MIGUEL. Vamos, no insista usted, porque es inútil.

LUIS. Yo sentiria que la delicadeza de usted le impidiera fijar condiciones que yo aceptaria gustoso. (Se levantan.)

MIGUEL. Le suplico á usted que demos por terminada la entrevista, porque sin querer me está usted infiriendo una ofensa.

LUIS. No; muy lejos de mi ánimo...

MIGUEL. gstá tomando esta consulta el carácter de un soborno, y mi dignidad...

LUIS. Don Miguel... yo...

MIGUEL. (Presentándole el sombrero.) Crea usted que si en mis atribuciones estuviera, haria por satisfaccion propia lo que por dinero rechazaria siempre.

LUIS. Yo sentiria verme rebajado á sus ojos.

MIGUEL. ¡No faltaba más! ¡qué tonteria!

LUIS. Ya lo ve usted, las circunstancias me obligan á todo. ¡Bendita hermana!

MIGUEL. Es muy natural. Pero cuando no hay remedio...

LUIS. En fin, dispénseme usted, y reconózcame desde este momento como un verdadero amigo.

MIGUEL. Igualmente. (Se dan las manos.)

LUIS. Luis del Valle, Arenal, ochenta.

MIGUEL. Usted ya ha tomado posesion de la suya.

LUIS. Me voy avergonzado. (Yendo hácia el foro.)

MIGUEL. Pero no sea usted niño. De veras me honraré con sus visitas, siempre que su carácter sea puramente amistoso. (Acompañándole.)

LUIS. No se moleste usted.

MIGUEL. No es molestia: cúbrase usted.

LUIS. Gracias.

MIGUEL. (Insistiendo.) Cúbrase usted... que este pasillo es temible. (Se cubre.)

LUIS. Retírese usted (Váse foro derecha.)

MIGUEL. Agur.

ESCENA VI.

MIGUEL y ELVIRA.

ELVIRA. (Con ironia.) Así me gustan los hombres.

MIGUEL. ¿Eh?

ELVIRA. Nada, que aplaudo tu conducta; has hecho bien negándote á entregar esa carta.

MIGUEL. ¡Cómo! ¿nos has escuchado?

ELVIRA. Sí.

MIGUEL. Pues hiciste muy mal. Hazme el favor de que no vuelva á suceder semejante cosa.

ELVIRA. Tú no tienes secretos para conmigo.

MIGUEL. Es que los que vienen á confiarme mis clientes, debe ignorarlos todo el mundo. No sabia esa gracia, y si la repites, me veré en la precision de tomar sérias precauciones: ¡está esto bueno!

ELVIRA. Mañana solicito que te crucen caballero de la órden de los babiecas. ¡Qué casa de campo vas á comprar con la satisfaccion que te habrá producido tu conducta!

MIGUEL. Vamos, me voy convenciendo de que eres mala de veras. ¿Es posible que te halague el que yo falte á mis deberes? ¿No te basta con incitarme á que buenamente aproveche las circunstancias?

ELVIRA. Pero tú crees que las circunstancias se encargan á Alcorcon, y vienen fabricadas á propósito?

MIGUEL. ¿Es decir que tú juzgas estas favorables?

ELVIRA. Naturalmente. Ni has dado parte al juez ni ese documento afecta á la causa, y en cambio evitas la deshonra de una familia y te expones á recibir una buena recompensa, porque estáte seguro de que te dan lo que les hubieras pedido. ¡Si es hasta meritorio!

MIGUEL. ¡Y sobre faltar á una obligacion sagrada, voy á exponerme por una futesa á que se descubra el ágio y me priven de mi ejercicio!

ELVIRA. ¡Ah! ¿Luego lo que tú temes no es hacer el mal sino

que se descubra?

MIGUEL. Pues no; ¡me halagará, si te parece, el verme sin otro recurso que ir vendiendo por las calles *Cascabeles* y *Correspondencias*!

ELVIRA. Ese es el egoismo; esa la causa de todos los males que afligen á la sociedad. No teneis fuerzas suficientes para consagraros al mal, ni resolucion para practicar la virtud en absoluto, y os contentais con que os llamen hombres honrados, por más que en el fondo os sintais dispuestos á cometer una falta siempre que se salven las apariencias.

MIGUEL. ¿Y te disgusta que yo trate de cubrir las buenas formas?

ELVIRA. No; pero deploro que no hagas lo que hacen los demas.

MIGUEL. Es que los demas tocan resultados muy diversos, porque á unos sus faltas los vuelven ricos y á otros los ahorcan. Y en fin, basta de filosofías, que estamos mirando como cosa de juego unas cuestiones que tienen más trascendencia de lo que parece.

ESCENA VII.

DICHOS y MARIANO.

MAR. Señorito.

MIGUEL. ¿Qué hay?

MAR. Que se pase usted por el número ochenta de esta misma calle, donde acaba de constituirse el juzgado.

ELVIRA. ¿Han dicho lo que es?

MAR. No señora.

MIGUEL. Pues allá voy.

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos MARIANO.

MIGUEL. Parece mentira: no suceden desgracias en Madrid sino cuando estoy de turno.

ELVIRA. Es verdad: pero afortunadamente esta vez te pilla cerca.

Abrígate bien. (Miguel toma el abrigo y el sombrero, que los tiene sobre una silla.)

MIGUEL. El dia que pueda pegarle un puntapié á la escribania...

ELVIRA. ¡Ay! ¡qué ganas tengo!

MIGUEL. En fin, vamos allá.

ELVIRA. ¿Volverás pronto?

MIGUEL. ¡Qué se yo!

ELVIRA. Adios. (Váse Miguel.)

ESCENA IX.

ELVIRA.

¡Qué desgracia es tener por marido un hombre vulgar! Y es bueno; bueno hasta la exageracion; pero se ha encerrado en un círculo, y para sacarle de él no son suficientes ni mis constantes aseveraciones. Su padre, comerciante del antíguo régimen, le inculcó sus ráncias cuanto hipócritas ideas, y mientras los compañeros de Miguel descartados de ridículas preocupaciones hacen su agosto, mi marido no sale del enero..... Pero en fin, yo le vigilo, yo le manejo, y poco he de poder si no consigo hacerle entrar antes de mucho en plena canícula. (Ha tomado el periódico y se ha puesto á repasarlo.) ¡Vaya con el baile de Tamarite! ¡Apenas ha producido sensacion! ¡Y si una fuese á contar su historia! ¡Jesus! ¡qué soso está hoy este periódico! Artículos de fondo, sueltos sin interés. (Repasando.) Qué ¡otra vez Tamarite! ¿Qué es esto? (Lée.) «Mañana aparecerá en la *Gaceta* el decreto nombrando al señor Tamarite, actual gobernador de Jaen, director de Rentas Estancadas.» (Recitado.) ¡Vamos! ¡no quiero ver más! ¡Director de Rentas Estancadas! ¡Y luego querran que una no se subleve contra la fortuna! ¡Si no hay como tener osadia para medrar! Tamarite director y mi marido escribano de actuaciones. Es claro, se le pasea el alma por el cuerpo; quiere que todo se lo den cocido y amasado. (Viéndole entrar.) ¡Ah! Á buen tiempo llega.

ESCENA X.

ELVIRA y MIGUEL, muy triste.

ELVIRA. ¿No sabes que á tu amigo Tamarite.....

MIGUEL. ¡Quita, Elvira, déjame!

ELVIRA. ¡Si lo has de oir!

MIGUEL. De humor vengo yo para escuchar sandeces.

ELVIRA. ¿Qué es eso? ¿qué te pasa?

MIGUEL. Nada.

ELVIRA. ¿Nada y tienes los ojos encendidos de haber llorado?

MIGUEL. No estoy bien. Me ha impresionado el espectáculo que acabo de presenciar, y me he vuelto en seguida suplicando que hiciera otro mis veces.

ELVIRA. Pero dí lo que es, hombre.

MIGUEL. ¡Qué ha de ser! que acudo á incomporarme al juzgado y me encuentro un cadaver sobre el arroyo: voy á reconocerle y..... ¿quién dirás que era? (Sollozando.) ¡Antonio!

ELVIRA. ¡Jesus! ¡Antonio!

MIGUEL. Sí; ¡pobrecito!

ELVIRA. ¿Pero qué ha sido eso!

MIGUEL. Un maldito aneurisma.

ELVIRA. ¡Válgame Dios! ¡qué desgracia! Me has dejado aturdida.

MIGUEL. ¡Si yo lo he visto y me parece un sueño!

ELVIRA. ¡Tan bueno que parecia estar hace un instante cuando se separó de nosotros!

MIGUEL. No somos nada en el mundo. Ya le viste, lleno de ilusiones con su viaje, tan contento por el alivio de su hija.

ELVIRA. ¡Pues y la pobre Maria! ¡Qué disgusto Señor! ¡Cómo hay un trastorno en un instante!

MIGUEL. ¡Qué, si cuando le he reconocido yo no sé lo que ha pasado por mí! Si no me sostiene el alguacil me caigo allí redondo.

ELVIRA. Pues mira, hijo, muy sensible es perder á un compañero de la infancia; pero hazte superior, y reflexiona que si tú enfermas del disgusto, por eso no ha de volver tu amigo á la vida.

MIGUEL. Es verdad; pero siempre afecta....

ELVIRA. Ya no hará la jugada de que nos hablaba con tanto entusiasmo.

MIGUEL. ¡Siempre soñando en el dia en que mandaran los suyos!

ELVIRA. Y á propósito: ¿qué piensas hacer de los documentos que te ha entregado?

MIGUEL. No sé. Allá veremos. Quién se acuerda ahora...

ELVIRA. Es que conviene estar en todo. Segun su propia confesion esos papeles pueden originar un conflicto, y no creo qve vayas á entregárselos á Maria, sin averiguar antes si la comprometen ó no.

MIGUEL. ¡Pobre criatura!

ELVIRA. Sí; pero nosotros tambien conviene que nos pongamos á cubierto. Ahora con motivo de su desgracia practicarán registros, y si hay algun dato que justifique que están en tu poder, pueden suponerte cómplice, y mientras pruebas tu inocencia...

MIGUEL. Es verdad. ¿Pero qué hacer?

ELVIRA. Yo creo lo más acertado ver si lo que contiene el paquete nos puede acarrear algun conflicto, y en tal caso reducirlo á ceniza.

MIGUEL. ¡Mujer!

ELVIRA. Chico, son documentos políticos. El ocultarlos Antonio no seria por exceso de legalidad. Además, á su hija no creo que la importen mucho; conque así, mi opinion es haçer un auto de fé con ellos. Sin embargo, tú entérate antes.

MIGUEL. Sí, sí; repasémoslos. (*Abre el cajon; saca el paquete que deja sobre la mesa; rompe el sello y quita la primera cubierta de papel, dejando ver una segunda idénticamente sellada y lacrada.*) Siempre es prudente. ¡Pobrecillo! ¿Quién le habia de decir?...

ELVIRA. ¡Anda! ¡otra carpeta! apenas tomó precauciones.

MIGUEL. Para que no se viese nada si se rompia la primera. Está bien entendido. (Toma una nota que hay sobre todos los demas papeles.) ¿Qué es esto? (Se pone á leerla.)

ELVIRA. Eso otro no parece cartas. (Por los billetes.)

MIGUEL. (Absorto, y despues de reconocer los billetes para cerciorarse de que no se ha equivocado.) Elvira, cierra esa puerta.

ELVIRA. ¿Qué es eso?

MIGUEL. Cierra, pronto y ven. Yo no sueño, yo estoy seguro.

ELVIRA. (Que ha cerrado la puerta del foro.) ¿Qué has visto, dime?

MIGUEL. (Enseñándole la nota.) Mira. Números tal á tal. Doscientos cincuenta billetes á cuatro mil reales uno, total un millon...

ELVIRA. ¡Un millon! ¡Cómo! ¿Es dinero?

MIGUEL. Sí, billetes...

ELVIRA. Pero... no serán suyos.

MIGUEL. ¿Por qué no? un par de noches de suerte...

ELVIRA. Los hubiera impuesto en el Banco.

MIGUEL. Eso es: para infundir sospechas.

ELVIRA. ¡Y nos dijo que eran correspondencias políticas!

MIGUEL. Por desorientarnos y hacer que el mismo miedo nos obligase á guardarlos en sitio más seguro.

ELVIRA. ¡Qué te parece!

MIGUEL. ¡Un millon! ¡Todo un poema de felicidad!

ELVIRA. Eso es vivir: yo no comprendo la vida sin un millon.

MIGUEL. ¡Pero mira tú qué cosas suceden en el mundo! Si yo fuese ahora uno de esos hombres que se echan el alma á la espalda, ¿quién me impedia quedarme con este dinero?

ELVIRA. Es claro, porque habiéndolo ganado Antonio recientemente, como es de suponer, Maria debe ignorar... Sobre que nadie podria decir: «Es mio.»

MIGUEL. Naturalmente. ¿No ves que no existe recibo de la entrega?

ELVIRA. Es verdad.

MIGUEL. Legalmente no me lo podrian exigir.

ELVIRA. ¡Ay! qué gusto acabar para siempre con las privaciones.

MIGUEL. ¡Verse uno objeto de la consideracion de todo el mundo!

ELVIRA. ¡Tener coche aun á riesgo de la gota!

MIGUEL. Abono en los teatros; en fin, cambiar totalmente de posicion de la noche á la mañana.

ELVIRA. Desengáñate, la felicidad la da el dinero. Lo que es yo, ¿qué quieres que te diga? creo que lo pensaria poco.

MIGUEL. ¿Sí? Pero eso seria un crímen.

ELVIRA. ¿Por qué, majadero? No te ha dicho Antonio que le guardaras eso hasta su vuelta? Pues mientras él no te los reclame, ¿qué te importa lo demas?

MIGUEL. Justo. ¿Y su hija?

ELVIRA. Nada, si tú prefieres vivir repasando autos, arrastrando una existencia penosa, y exponiéndote á que tu hijo se tenga que concretar á un empleo, devuélvele á Maria esos billetes.—Yo me lavo las manos.

MIGUEL. Sí, sí, Elvira; es lo que debemos hacer. Procedamos como Dios manda.

ELVIRA. Corriente. (Breve pausa.) ¡Ah! no me has dejado decirte... ¿sabes que á Tamarite le han nombrado director de rentas estancadas?

MIGUEL. ¡Cómo?

ELVIRA. Lo acabo de leer en el periódico.

MIGUEL. ¿Director?

ELVIRA. Como lo oyes.

MIGUEL. Vamos, no me queda más que ver. ¡Director Tamarite!

ELVIRA. Un hombre que debe la posicion de que goza á su intervencion como abogado en una quiebra fraudulenta.

MIGUEL. ¡Si llega uno á dudar de todo!

ELVIRA. Y cuando venga es muy posible que ni te salude.

MIGUEL. No se querrá acordar de las veces que le he matado el hambre.

ELVIRA. Cosas de mundo. Haz bien. (Breve pausa.) Mira, guarda eso para entregárselo á Maria cuando venga, no haga el demonio que...

MIGUEL. (Titubeando.) Sí... sí... voy... (Pausa.) Estoy pensando

que no le debo entregar á esa chica este dinero sin cerciorarme antes... Porque... figúrate que no fuese de Antonio...

ELVIRA. ¿Pues de quién?

MIGUEL. ¡Qué sé yo! Podia no ser suyo. Por ejemplo, podian habérselo entregado para fomentar alguna sedicion. Y más me inclino á eso que á lo del juego.

ELVIRA. Sí, parece más natural.

MIGUEL. Entónces, lo mejor es que no le demos nada á Maria y esperemos á ver si alguien se presenta á reclamarlos. ¿No te parece?

ELVIRA. Bueno ..

MIGUEL. Me contestas con medias palabras como aprobando á la fuerza mi conducta.

ELVIRA. No, sino que como yo soy aquí la mala y tú el santo quiero dejarte con la responsabilidad.

MIGUEL. Pues ya se ve que quiero ser bueno, porque algun dia obtendré mi recompensa.

ELVIRA. Es que de bueno á tonto hay mucha distancia.

ESCENA XI.

DICHOS y MARIANO.

MAR. (Dándole un pliego) Señorito, este pliego del Ministerio de Gracia y Justicia. (Váse.)

MIGUEL. ¡Ah! de Martinez! Trae.

ESCENA XII.

MIGUEL y ELVIRA.

MIGUEL. ¿Lo ves? ¿Te convences de que la virtud tiene su premio?

ELVIRA. Lee y veamos.

MIGUEL. (Abriendo el pliego.) Elvira, hija, ¡si hasta viene la credencial!

ELVIRA. ¿Sí? de qué?

MIGUEL. Déjame leer primero la carta. (*Lee.*) «Querido Miguel. »La ausencia no ha entibiado mi cariño hácia tí.»—Estos son amigos.—«Nunca creí que pudieras necesitarme, »pero supuesto que así ha sucedido te incluyo una cre- »dencial para que puedas atender á tus necesidades. Tu »amigo Martinez.» Y la credencial es... (*Repasándola y cambiando súbitamente de tono.*) de auxiliar con seis mil reales.

ELVIRA. Já... já... já!.. (*Riendo.*)

MIGUEL. Esto es un insulto.

ELVIRA. Pero merecido. ¿Por qué mendigas?

MIGUEL. ¿Si habrá creido que le pedia una limosna?

ELVIRA. Lo habrá juzgado por las apariencias. ¡Y Tamarite director!

MIGUEL. ¡Elvira!

ELVIRA. Sigue siendo tonto y tú tocarás los resultados.

MIGUEL. ¿Cómo?

ELVIRA. Desprecia las circunstancias, que no suelen presentarse favorables más que una vez en la vida. ¿No dices que el lujo no es más que un pretexto para cubrir la miseria?

MIGUEL. Ya has dado al traste con mi paciencia. Mañana vence nuestra imposicion en la Caja: te autorizo para que dispongas de ese dinero.

ELVIRA. ¿Sí?

MIGUEL. Haz de él lo que gustes.

ELVIRA. ¿Lo dices de veras?

MIGUEL. Con toda mi alma.

ELVIRA. No daré lugar á que me lo repitas. Precisamente he visto en la calle de Alcalá las sillerias más coquetas...

MIGUEL. Cómpralas.

ELVIRA. Y unas colgaduras...

MIGUEL. No te vengas sin ellas.

ELVIRA. ¡Gracias á Dios que una vez me crees! Voy volando, no sea que te arrepientas. Me echaré la mantilla, y acompañada de Mariano... ea, adios, hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

MIGUEL.

¿Qué he hecho? No lo sé. ¿Qué me propongo? No lo sé. ¿Adónde voy á parar? Los amigos me befan, el ejemplo me incita, las circunstancias me favorecen. ¡Si yo me decidiera! ¿Y por qué no? (Mirando los billetes.) Encerrado en mí mismo, yo solo tengo derecho á juzgar mi proceder. ¿Quién lo sabe? Nadie. ¿Quién puede probarlo? Nadie. ¿Á quién, pues, tengo que dar cuenta de mi conducta?

ESCENA XIV.

MIGUEL y ELVIRA.

ELVIRA. (Con mantilla puesta y seguida de Mariano cruza el foro de izquierda á derecha, y dice su frase lo más concisa, pero inteligiblemente posible, para que ejerza sobre Miguel la natural influencia hija de la situacion.) Adios. (Desaparecen ella y Mariano.)

MIGUEL. (Sobrecogido.) ¡Eh! ¡Cómo! (Reponiéndose.) ¡Rara coincidencia. (Coge los billetes y se dirige al escritorio para guardarlos.) En fin, lo pensaré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, observando una nota que guarda á su tiempo en el cajon de la mesa. Á poco, ELVIRA, por la primera puerta izquierda.

MIGUEL. Por fas ó por nefas, bueno es estar prevenido. El maldito incidente del cajon me preocupa. Así comparto el riesgo, y si alguien me sustrae alguna parte de los billetes, con presentar esta nota de su numeracion en el Banco, me bastará para que le detengan y me sean restituidos. (Guarda la nota.) ¿Quién?

ELVIRA. ¡Soy yo!

MIGUEL. ¡Ah! entra.

ELVIRA. ¿Qué haces?

MIGUEL. Estoy pensando en que cuando uno tiene algo que guardar, las llaves le parecen una falsa garantia.

ELVIRA. ¿Por qué lo dices?

MIGUEL. Mujer, porque bien sea efecto del miedo, que me hace ver lo que no existe ó que en realidad ha sucedido, lo cierto es que al abrir antes este cajon, donde tenia guardados los billetes, me ha parecido que la cerradu–

ra estaba forzada!

ELVIRA. ¿Á ver? ¿pero te falta algo?

MIGUEL. ¡No!

ELVIRA. Yo creo que sueñas.

MIGUEL. ¿Sí?

ELVIRA. No se nota nada. Pero si has de tener recelo, es preferible ponerlos en otra parte.

MIGUEL. Yo los metí aquí, porque como nunca he sido rico, no tengo ningun mueble á propósito.

ELVIRA. Los pondremos en mi cómoda.

MIGUEL. Justo: tu cómoda siempre tiene la llave puesta, y si ahora no la ven es dar lugar á que sospechen.

ELVIRA. Pues compra un secreter.

MIGUEL. Tampoco. Es dar publicidad al hecho, y lo que conviene es desorientar. Por eso mismo me he opuesto á que compraras ahora los muebles.

ELVIRA. Entónces...

MIGUEL. No te apures: ya los he escondido donde nadie pueda descubrir su paradero.

ELVIRA. ¡Ay! dímelo.

MIGUEL. Ya lo sabrás. Puedo asegurarte que no hay quien lo acierte. Los he dividido en dos porciones, de las cuales he tomado nota para en un evento inesperado pasar al Banco y detener al que los presente.

ELVIRA. ¿Y por qué no los impones en el Banco desde luego?

MIGUEL. En primer lugar, porque las circunstancias que atravesamos son anormales, y despues, Elvira, porque hasta no estar plenamente convencido de que nadie puede reclamármelos...

ELVIRA. ¿Al cabo de ocho dias? ¡Vaya una sandez! Ademas, que el que se los procuró á Antonio para fomentar la rebelion, tendrá muy buen cuidado de callar si estima en algo su vida.

MIGUEL. Eso no tiene visos de fundamento. No era Antonio persona de bastante responsabilidad para que se le confiara una comision de tal importancia. Esa fortuna indudablemente es debida al juego.

ELVIRA. Pues mejor aun.

MIGUEL. ¿Pero y si Maria lo sabe?

ELVIRA. Es decir que si lo sabe la restituirás... (Sulfurada.)

MIGUEL. ¡Qué sé yo! ¡No te alarmes ya!

ELVIRA. Creí que despues del trabajo que me habia costado el resolverte, ibas á...

MIGUEL. La verdad es que lo que hacemos no tiene nada de meritorio; y por lo mismo, si pudiéramos cometer el crímen sin ser tan malos...

ELVIRA. No te entiendo.

MIGUEL. Mujer, que esa pobre chica no debe estar muy bien, y creo que nosotros...

ELVIRA, ¡Pues ni que fueramos unos tigres! Claro está que debemos hacer algo por ella.

MIGUEL. Me lisonjea que pienses así.

ELVIRA. Pero tú me supones un monstruo de iniquidad.

MIGUEL. No, todavia no.

ELVIRA. Gracias.

MIGUEL. ¡Vamos, tonta! Yo pensaba decirla, si te parece, que su padre me habia hecho un depósito, y entregarla por tal concepto ocho ó diez mil duros.

ELVIRA. Chico, las riquezas te vuelven muy pródigo. ¡Ocho ó diez mil duros! No necesita ella tanto para cubrir sus atenciones.

MIGUEL. Pero, Elvira, piensa...

ELVIRA. Piensa tú en que tienes un hijo, y es un cargo de conciencia privarle de lo suyo.

MIGUEL. ¿De lo suyo? Efectivamente; suyo es desde que hemos convenido en que sea nuestro. Me voy convenciendo de que el dinero despierta la codicia.

ELVIRA. No es eso.

MIGUEL. Sí que es eso; porque no se te figure que tan grata me es la idea de renunciar á esa parte.

ELVIRA. Algo debemos hacer; pero de una manera indirecta.

MIGUEL. Procurar que no la falte nada.

ELVIRA. Eso es; de cuando en cuando...

MIGUEL. Sí; porque todo de una vez es sensible.

ELVIRA. No solo eso, sino que ¿ya sabes tú que ella se satisfará con lo que la digas y no creerá que te has quedado con algo?

MIGUEL. ¿Es posible?

ELVIRA. Cualquiera lo pensaria al ver que le regalaban un dinero que no reclamaba.

MIGUEL. Es verdad. Pues no se me habia ocurrido...

ELVIRA. Luego sabe Dios lo que iria diciendo de nosotros.

MIGUEL. Haria ver á todo el mundo que eramos unos bribones que desheredabamos á una pobre huérfana.

ELVIRA. Cuando la sacábamos de la miseria.

MIGUEL. Que no todos procederian con tanta honradez.

ELVIRA. Y ya ves, exponernos á perder la reputacion...

MIGUEL. Dar lugar á que nos señalen con el dedo. Sí, sí; bien pensado, lo mejor es que no la demos nada, porque aunque la entregasemos los cincuenta mil duros, siempre abrigaria la misma duda.

ELVIRA. Es natural.

MIGUEL. ¡Ay! ¡qué dicha si no se presentase á reclamármelos!

ELVIRA. No temas. Cortés no permitirá que se separe de su familia.

MIGUEL. Si ignorara su existencia.

ELVIRA. Y tanto. ¿Crees tú que si tuviese el menor indicio no te hubiera escrito al cabo de ocho dias que murió Antonio?

MIGUEL. Yo tal creo.

ELVIRA. Puedes estar tranquilo; no vendrá.

ESCENA II.

DICHOS y MARIANO.

MAR. Señora, la señorita Maria está ahí.

MIGUEL. } ¡Maria!
ELVIRA. }

ELVIRA. (Á Miguel, ap.) ¡Ay, qué vuelco me ha dado el corazon!

MIGUEL. Que... que... pase en seguida.

MAR. Aquí está ya. (*Váse.*)

ESCENA III.

MIGUEL, ELVIRA y MARIA, vestida de luto.

MARIA. (*Echándose sollozando en los brazos de Elvira.*) ¡Elvira!

ELVIRA. (*Besándola.*) ¡Hija mia! Vamos, vamos; un poco de reflexion.

MARIA. ¡Si lo he perdido todo con él!

MIGUEL. Pero con afligirte no has de conseguir nada. Siéntate, hija, siéntate. (*Se sientan.*)

MARIA. Cada amigo suyo que encuentro renueva más mi herida.

MIGUEL. Es muy natural: te traerá á la imaginacion recuerdos que por precision han de afectarte.

ELVIRA. Sí, porque la primera impresion produce un atolondramiento inexplicable; pero luego que pasa empieza lo más doloroso. Cualquier objeto encierra una memoria, y piensa una en que aquí se lavaba, aquí solia escribir, allí hacia esto otro, y sobre todo, al sentarse á la mesa y ver sin ocupar su sitio, se nota una cosa... ¡ay! ¡parece que falta algo! ¡Digo! ¡y tanto como falta!

MIGUEL. ¿Y cuándo lo supísteis?

MARIA. Cortés el mismo dia. Á mí han tratado de ocultármelo mientras les ha sido posible; pero ya antes de ayer no tuvieron más remedio que darme la noticia. ¡Pobre papá! (*Enjugándose el llanto.*)

MIGUEL. Á nosotros nos sorprendió tanto... Ya ves, hacia veinte minutos que acababa de estar aquí tan contento.

ELVIRA. Figúrate el trago que llevaria Miguel al encontrarse con Antonio muerto sin saber una palabra.

MARIA. ¡Ah! Usted le vió.

MIGUEL. Sí; me llamaron del juzgado y... en fin, no lo recordemos.

ELVIRA. Desde entónces que no estamos en caja. Lo hemos sentido mucho.

MARIA. Papá era un antiguo amigo de ustedes.

MIGUEL. ¡Uf! ¡Yo lo creo! Nos conocimos en la escuela.

ELVIRA. Nunca le habia hecho ninguna de esas confianzas íntimas... ¿sabes? Pero simpatizaba con este.

MARIA. ¡Como era tan bueno!

MIGUEL. ¡Mucho! Siempre alegre, siempre decidor...

ELVIRA. En fin, hija, no hay más remedio que tomar las cosas como vienen, y conformarse con lo que dispone el que manda más que nosotros.

MARIA. Sí; pero tan pronto no es posible.

ELVIRA. Naturalmente: hay que dar tiempo al tiempo.

MARIA. ¡Ay Dios! (Suspirando.)

MIGUEL. ¿Y cómo has dejado á Cortés?

MARIA. Bueno. Tantos recuerdos de todos para ustedes.

ELVIRA. Yo creí que te hubieras quedado con ellos alguna temporada.

MARIA. Eso querian, pero en primer lugar hubiera sido un abuso de mi parte, conociendo la posicion en que estan, y despues mi presencia aquí era indispensable para arreglar ciertos asuntos, revisar algunos documentos.....

ELVIRA. ¡Ah, vamos, sí! (Mirando á Miguel.)

MIGUEL. Ver el estado de la casa... (Pausa.)

ELVIRA. ¡Pobre Antonio! Jesus... pobrecillo... (Mayor pausa.)

MIGUEL. ¿Y has vuelto sola?

MARIA. No señor: con unos amigos de Cortés que pasaban á Valladolid... (Gran pausa.)

MIGUEL. ¡Qué bonita ciudad es Barcelona!

MARIA. ¡Yo lo creo!

ELVIRA. ¿Cuántos dias has estado?

MARIA. Veintidos. (Pausa.)

ELVIRA. ¿Y te probaba aquel clima, verdad?

MARIA. Sí señora, me repuse bastante; pero desde la desgracia del pobre papá he perdido todo lo que habia adelantado.

MIGUEL. ¡Yo lo creo, hija!

ELVIRA. Ha sido un golpe terrible.

MIGUEL. ¡Cómo ha de ser! (Pausa.)

MARIA. Pues... yo habia venido á pedirles á ustedes un favor.
ELVIRA. ¡Dí!
MARIA. Quisiera que ustedes que tienen buenas relaciones viesen si me podian proporcionar trabajo para casa, ó que me admitieran á jornal en algun establecimiento. (Llorando)
MIGUEL. Pero hija...
ELVIRA. ¿Te ves reducida á ese extremo?
MARIA. Sí señores.
MIGUEL. ¿No tenia nada tu padre?
MARIA. Su corta asignacion apenas nos daba para vivir.
MIGUEL. Pero entre sus papeles, ¿no has encontrado ninguno?...
ELVIRA. Que revelara la existencia de...
MIGUEL. Sí; ¿de algunas economias?
MARIA. ¡Economias! ¡Solo deudas han sido mi patrimonio! Las que dando márgen á un embargo judicial acaban de privarme de lo poco que poseia...
MIGUEL. ¿Sí?... (Conmovido.)
ELVIRA. ¡Jesus, Jesus que desgracia!
MARIA. Y dicen que matan los disgustos... ¡qué han de matar!
ELVIRA. Pues mira, Maria; nosotros no somos ricos ni mucho menos, pero...
MIGUEL. Sí; lo que tengamos lo compartiremos contigo muy á gusto. (Su mujer le mira con extrañeza y disgusto.)
MARIA. ¡Cómo!
MIGUEL. Nada; que en compensacion de la pérdida que acabas de experimentar, te brindamos con una nueva familia, en cuya casa te instalas desde luego. (Maria se echa á llorar.) ¡Vamos, vamos! (Consolándola.)
ELVIRA. Si te has de hacer la menor violencia, dilo, que no quiero yo que luego...
MARIA. ¡Cómo agradecer á ustedes tan inmenso beneficio! Yo no sé si debo aceptar.
MIGUEL. ¡Pues no que no! ¡Permitiria que vivieses en la indigencia mientras yo tuviese pan que llevarme á la boca!
MARIA. Pero si...
MIGUEL. No hay disculpa que valga.

ELVIRA. Si lo has de tomar á ofensa traduciendo nuestra intencion por una limosna que te hacemos, dilo francamente; no quiero yo que sufra tu amor propio.

MARIA. ¡Elvira! cuando por ustedes no me veo sola en el mundo ¿iria yo?.. Ni besando la tierra que ustedes pisan puedo pagarles el inmenso beneficio que me dispensan. Gracias, gracias. (Besándoles las manos.)

MIGUEL. (Conmovido.) Hija, que nos afliges.

ELVIRA. (Muy serena.) No nos afectes más.

MARIA. El que bien obra tiene su recompensa.

MIGUEL. ¡Basta!

MARIA. Dios lo ve todo, todo.

MIGUEL. Mira, Elvira, llévatela, porque más que su desgracia me está haciendo daño su agradecimiento.

ELVIRA. Ven y te enseñaré el cuarto que te destino.

MARIA. (Sollozando.) Dios se lo pague á ustedes.

MIGUEL. Anda, hija, anda.

ELVIRA. Sí, vamos, porque Miguel es tan sensible, tan impresionable...(Con intencion: vánse Elvira y Maria por la primera puerta izquierda.)

ESCENA IV.

MIGUEL.

¡Pobre criatura! Vamos, indudablemente las circunstancias modifican el carácter de las personas. Porque acabo de hacer una buena obra me olvido de todo, hasta el punto de creerme el hombre más de bien del mundo. ¡Y no lo soy, ni mucho ménos! Aunque bien mirado, tampoco puedo calificarme de malo. Soy simplemente una vulgaridad, uno de tantos y tan infinitos séres que viven en el mundo colocados á horcajadas en la línea divisoria del bien y del mal, que rinden un culto hipócrita á la virtud mientras delincuentes vergonzantes solo esperan que las sombras del misterio y de la impunidad los cobije para arrojarse abiertamente en los

brazos del delito. En fin, no soy un santo: no soy más que... un hombre.

ESCENA V.

MIGUEL y ELVIRA.

ELVIRA. Supongo que yá no titubearás entre quedarte ó no con aquello?

MIGUEL. Naturalmente; ahora ya me consta que su existencia está completamente ignorada.

ELVIRA. ¿Es decir, que puedo alegrarme del todo?

MIGUEL. Sí, alegrémonos.

ELVIRA. Discurramos antes. ¿Hay algun indicio por el que podamos ser descubiertos?

MIGUEL. Estáte plenamente convencida de que no existe contra nosotros ni la menor prueba legal. (Elvira se sonrie.)

ELVIRA. Piénsalo bien.

MIGUEL. Ninguna.

ELVIRA ¿Pues qué se ha hecho una nota escrita por Antonio que venia en el paquete?

MIGUEL. Inadvertidamente la quemé hace ocho dias para encender un cigarro.

ELVIRA. ¿Ves? ¡Y te querias dejar el vicio de fumar so pretexto de que te perjudicaba!

MIGUEL. Me he convencido de que me era provechoso.

ELVIRA. ¿Y dos carpetas lacradas y selladas con una A y una F, que servian de cubierta á la nota?

MIGUEL. Se me cayeron en la chimenea, y...

ELVIRA. ¡Hombre!

MIGUEL. Sí, pero pude salvar parte del papel; no se quemó más que el lacre!

ELVIRA. (Resueltamente.) ¡Mutacion!

MIGUEL. ¡Diantre! me has asustado!

ELVIRA. Ay, qué ganas tenia de convencerme de que era rica. Siempre temiendo que la menor circunstancia te indujera á devolver esa fortuna.

MIGUEL. ¡Tonta! Eso lo decia yo, pero... no lo hubiera hecho...

ELVIRA. ¡Muy bien, señor hipócrita!

MIGUEL. Es decir, no sabiéndose; que de lo contrario estimo en mucho mi honra para dar lugar á que se la ponga en duda. ¿No es verdad que lo que acabamos de hacer con Maria nos rehabilita ante nosotros mismos, sirviendo así... como de pasaporte para nuestra conciencia?

ELVIRA. ¡Sí, pero se me figura que no habia necesidad de recurrir á ese extremo!

MIGUEL. ¿Acaso te pesa?

ELVIRA. ¡Como tú no sabes lo que es guardar á una muchacha de diez y ocho años! Y francamente, cuando no se tienen propias, convertirse en Argos de niñas agenas, maldito el gusto que da.

MIGUEL. Pero, Elvira...

ELVIRA. Sí, sí, tú tomarás el sombrero y te irás adonde mejor te parezca, y yo no seré dueña de hacer lo que me dé la gana ni un minuto.

MIGUEL. Ahora sí que me convenzo de que eres un monstruo de iniquidad. En vez de atenuar tu delito con algun rasgo decente, te duele el sacar de la orfandad á una pobre niña á quien privas de lo suyo, solo porque no vas á ser dueña de hacer lo que te dé la gana? Y es que tu caridad para con ella solo ha durado mientras has temido que te reclamara ese dinero: ahora ya te sirve de estorbo. Estoy por decirla, todo es tuyo.

ELVIRA. No, no: la serviré de madre.

MIGUEL. Es lo más natural.

ELVIRA. Verdaderamente.

MIGUEL. Y lo más económico, porque donde comen dos comen tres; luego nos da cierta importancia eso de apadrinar á una huérfana; todo el mundo aplaudirá nuestra conducta, y...

ELVIRA. Hasta puede que se ponga en los periódicos y te dé el gobierno una cruz.

MIGUEL. Sí, la de la puerta de las Calatravas.

ELVIRA. ¡Solicítala!

MIGUEL. Anda y que la solicite un mozo de cordel.

ELVIRA. No hablo de broma. Yo creo que con poco dinero...

MIGUEL. Déjate de gastos inútiles.

ELVIRA. Tan bien que estarias con una cruz.

MIGUEL. Tengo de sobra con la tuya.

ELVIRA. Ya veo que el dinero despierta la codicia. Pues lo que es este verano, he de ir en un cesto á la Castellana.

MIGUEL. Bueno: te metes en el de la compra y que te pasee Mariano á cuestas.

ELVIRA. Me voy: estás insufrible! (Váse.)

MIGUEL. Já... já... Anda á ver si disponen el almuerzo. (Riendo.)

ESCENA VI.

MIGUEL.

¡Que el dinero despierta la codicia! ¡Mentira! Yo estoy satisfecho con lo que tengo; soy feliz, ya no ambiciono más: y tanto es así, que si alguien viniera en este momento á ofrecerme una fortuna á costa del menor sacrificio le rechazaria sin titubear. ¡Vaya si le rechazaria!

ESCENA VII.

MIGUEL y D. LUIS.

MIGUEL. ¡Señor don Luis! ¡Adelante!

LUIS. Dirá usted que empiezo á abusar muy pronto de su galante ofrecimiento.

MIGUEL. ¡Es una suposicion gratuita! Usted viene siempre á su casa.

LUIS. Gracias. La simpatia es un sentimiento inexplicable, y desde la primera visita que le hice, supo usted captarse la mia, no solo por su conducta especial, sino por cierta distincion que le caracteriza, y que parece reclamar de usted otra posicion de la que goza.

MIGUEL. Amigo, mayores eran mis aspiraciones; pero reveses de fortuna... (Miguel se sienta al pupitre y en el opuesto Don Luis.)

LUIS. Tengo entendido que su padre de usted era un banquero muy fuerte.

MIGUEL. Sí señor; he tenido la desgracia de pasar mi juventud en la opulencia: y digo desgracia, no porque deplore el verme reducido á vivir de mi trabajo, sino porque á la muerte de mi padre, privado de toda clase de recursos, tuve que abrazar esta carrera por más corta, abandonando la de Jurisprudencia, que constituia todas mis ilusiones.

LUIS. ¿Creo que sufrió una quiebra?

MIGUEL. Esa fué la causa de su muerte. Mi padre era la honradez personificada, y por pagar religiosamente á sus acreedores labró su total ruina.

LUIS. Sí; estoy enterado del asunto, porque precisamente uno de mis amigos es hoy el dueño de una linda posesion que hay en Aranjuez, que le fué adjudicada á su padre en solventacion de su crédito.

MIGUEL. ¿Moraza?

LUIS. El mismo.

MIGUEL. Por cierto que es la finca que ví desaparecer con más disgusto.

LUIS. ¡Ah! yo lo creo! es preciosa!

MIGUEL. En ella pasé mi niñez, y posteriormente iba á cazar en su parque dos veces por semana. Ademas, allí empezaron mis relaciones con la que hoy es mi mujer, y siempre son recuerdos indelebles.

LUIS. ¿Y no ha pensado usted nunca en recuperarla?

MIGUEL. ¿Cómo? ¿Ignora usted mi posicion?

LUIS. ¡Fumemos! (Saca la petaca y ofrece á Miguel un magnífico habano quedándose él con otro.)

MIGUEL. ¡Fumemos! (Toma un cigarro y enciende un fósforo, que presenta á Luis.)

LUIS. ¡Encienda usted! (Miguel enciende.)

MIGUEL. (Por el cigarro.) ¡Bien revela su orígen!

LUIS. ¿No opina usted como yo que fumarse un cigarro así despues de una opípara comida, saboreando una taza de buen café bajo los copudos álamos del parque, debe ser el complemento de la felicidad?

MIGUEL. ¡Oh, yo lo creo! viendo ponerse el sol á orillas del caudaloso Tajo...

LUIS. Trayendo á la memoria con su mujer recuerdos de otros tiempos...

MIGUEL. Las sublimes tonterias del amor.

LUIS. Comparar la intranquilidad de una pasion contrariada, con la calma de los vínculos matrimoniales...

MIGUEL. Ver el sitio en que me ofreció una flor...

LUIS. Teatro ahora de las travesuras de un tierno niño.

MIGUEL. Estamos haciendo castillos en el aire, ni más ni ménos que si pudiera realizarse nuestra utopia.

LUIS. ¿Por qué no? Moraza ha puesto en venta la posesion.

MIGUEL. ¿Pero ignora usted que está tasada en catorce mil duros?

LUIS. ¿Y qué?

MIGUEL. ¡Toma! Que el notariado no produce esas economías.

LUIS. ¿Las necesita usted por ventura? Apele usted al crédito.

MIGUEL. ¡Cómo!

LUIS. No faltará quien garantice la firma de usted.

MIGUEL. ¡No entiendo! (Adivinando la intencion, pero fingiendo.)

LUIS. No vaya usted á enfadarse si á pesar de lo ocurrido me ve insistir. No es el precio de un soborno sino el agradecimiento de un singular favor lo que vengo á ofrecerle. Entrégueme usted la carta, y suya es la finca.

MIGUEL. (Aturdido.) La finca... la carta...

LUIS. Sí, la desesperacion de mi hermana no reconoce ya límites.

MIGUEL. Pero... lo que usted me ofrece constituye una fortuna.

LUIS. Poco importa si nuestro nombre se salva del ridículo.

MIGUEL. Es que al acceder me convierto en un criminal.

LUIS. ¿Por qué? Las circunstancias pueden atenuar de tal manera la gravedad del delito, que eximan de toda

responsabilidad al que lo comete.

MIGUEL. Sí; pero el que da el primer paso en la carrera del mal...

LUIS. No por eso está autorizado para dar el segundo.

MIGUEL. (Reconociéndose.) ¿Verdad que no?

LUIS. Es más, debe evitarlo, mayormente si su primera falta reconoció por orígen una de esas circunstancias que en nada afectan á su buen nombre, bien por el misterio en que va envuelta, ó bien por los resultados beneficiosos que puede producir.

MIGUEL. (Resolviéndose.) Sí; es usted un gran consejero. Esta es la causa. (Tomando en la mano los autos.)

LUIS. (Queriéndolos coger.) ¡Ah! ¡Gracias!

MIGUEL. (Retirándolos.) Esta tarde estará en poder del juez.

LUIS. ¡Qué! ¿Rechaza usted mi oferta?

MIGUEL. La rechazo, y le suplico á usted que me permita quedar solo. (Mete el expediente en la estantería destinándole el primer lugar de la parte que da al público.)

LUIS Pero...

MIGUEL. ¡Es inútil! (Vuelto de espaldas para colocar el expediente.)

LUIS Con todo, insisto para...

MIGUEL. (Presentándole el sombrero.) Beso á usted la mano.

LUIS. ¡Cómo!

ESCENA VIII.

DICHOS y MARIANO.

MAR. Señorito, el almuerzo.

MIGUEL. ¡Voy! (Váse Mariano.)

LUIS. (¡Ah!) (Lanza una mirada al sitio en que está colocado el expediente, como quien premedita algo.)

MIGUEL. Usted me dispensará...

LUIS. Nada de eso, me retiro.

MIGUEL. (¡Por fin!...)

LUIS. (¡Volveré!) (Lanza una nueva mirada al expediente, saluda y váse.)

ESCENA IX.

MIGUEL.

(Respirando.) ¡Ay, he triunfado de mí mismo, pero á costa de una lucha titánica. El obrar con rectitud produce una gran satisfaccion. Ello cuesta violentarse, porque en el caso presente, por ejemplo, yo estoy seguro de que ese hombre me da lo que le hubiera pedido por la carta. Catorce mil duros sobre los que ya poseo. Lo supérfluo sobre lo necesario. Mejor dicho: un lujo de riqueza; en fin, más. Yo creo que la alegria que me ha producido mi buen proceder, no es más que un pretexto para distraer el disgusto de no haberme decidido á obrar mal. (Saca los autos consabidos y se pone á repasarlos sobre la mesa, cuidando de tener la carta muy visible para el público.) Vamos, he sido muy tonto; he debido entregarle la carta; aunque bien pensado, ya soy suficientemente rico; y si por casualidad se descubriera el soborno seria sensible abastecer la crónica del escándalo, á trueque de renunciar para siempre al culto de ese ídolo que se llama el buen concepto. Ademas, que en este caso no hay ninguna circunstancia que palie mi delito: he de cargar yo solo con la responsabilidad. ¡Si encontrara un pretexto con que vindicarme á mis propios ojos! ¡Si pudiera ser malo por poderes! (Váse.)

ESCENA X.

D. LUIS, y MIGUEL, dentro.

LUIS. (Asoma la cabeza por la puerta del foro, y al ver desaparecer á Miguel por la segunda de la izquierda, avanza el proscenio.) ¡Solo estoy! Nadie me ve, y sin embargo tiemblo. ¿Qué dudo? Allí está. (Mirando á la estanteria.) Yo no quisiera; pero las circunstancias me obligan á pesar mio, toda

vez que no hay otro medio de salvar el honor de mi hermana. ¡Ánimo! (Mirando con recelo.) ¡Este es el legajo! (Echa mano al expediente que ocupa el lugar de la parte del público.)

MIGUEL. (Dentro.) ¡Niña! á almorzar!

LUIS. ¡Vienen! que no me sorprendan. (Coge el expediente, desarreglando en su turbacion los de al lado, y se lo esconde precipitadamente debajo del abrigo. Trata de ganar la puerta del foro, y se encuentra con Maria, que sale por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA XI.

DICHOS y MARIA.

MARIA. ¡Ah! ¡Luis! (Da un grito y se deja caer en una silla.)

LUIS. ¡Maria! ¡Ni una palabra! ¡Silencio! (Váse por el foro.)

MARIA. ¡Él! ¡él aquí! (Llorando.) Oh, no debo permanecer ni un momento más en esta casa. (Váse por donde entró, dejando caer el pañuelo al levantarse.)

ESCENA XII.

MIGUEL.

Desde que tengo dinero, todos los ruidos me son sospechosos. (Dirigiéndose á la estanteria.) ¿Eh? ¿qué desbarajuste es este? (Registrando los expedientes.) ¡Demonio! ¡Si los puse los dos juntos! ¡Nada! ¡aquí tampoco! (Muy azorado.) ¡Elvira! ¡Elvira! ¡Pero quiá! ¡Si esa no sabe!...

ESCENA XIII.

MIGUEL, ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué quieres?

MIGUEL. ¿Por casualidad has tomado de aquí un expediente?

ELVIRA. ¿Yo? no te los toco nunca.

MIGUEL. No, si es que lo has descubierto y por darme un susto lo has guardado en otra parte, dímelo: porque ..

ELVIRA. Te repito que no; pero me asustas... Es que?...

MIGUEL. Maldito sea yo y la hora en que tuve la idea....

ELVIRA. Habla de una vez, hombre, que no me atrevo á creer lo que sospecho...

MIGUEL. Nada; que nos han robado veinticinco mil duros.

ELVIRA. (Ahogándose.) ¡Chico! ¡Ladrones! (Queriendo gritar.)

MIGUEL. ¡Calla! No conviene que nadie se aperciba de ello por ahora.

ELVIRA. Pero ¿cómo ha sido?

MIGUEL. Creyendo tenerlos más seguros, los dividí por mitad, escondiéndolos entre las hojas de dos expedientes, y ahora me encuentro con que falta uno!

ELVIRA. (Dirigiéndose á registrar.) ¿Lo has mirado bien?

MIGUEL. ¡Si estaban aquí juntos los dos!

ELVIRA. ¡Así no tenga una hora de tranquilidad el ladron! ¡Ladronazo! (Por un expediente.) ¿Será este?

MIGUEL. ¡Cá! era más voluminoso! ¡Si no cabe duda! me he encontrado el estante en un completo desórden.

ELVIRA. ¡Siquiera le ahorcaran! ¡Vamos! mejor perdono á un asesino que á un ladron. ¡Tambien tú pareces tonto! Teniendo cajones vas á ponerlos en el sitio más visible.

MIGUEL. ¿Y quién va á sospechar que están ahí, donde nadie mete mano más que yo!

ELVIRA. ¡Pues mira cómo la ha metido otro!

MIGUEL. Lo que me extraña es que no se hayan llevado más que una porcion.

ELVIRA. ¡Pues deja la otra en el mismo sitio y verás cómo nos quedamos tambien sin ella!

MIGUEL. ¡Sí, al momento! (Coge el expediente que contiene la segunda porcion, y lo mete en el cajon del escritorio que cierra con llave.)

ELVIRA. Pero toma una determinacion; averigua algo; llama á la gente. Ese ladron debe ser casero.

MIGUEL. Lo que ante todo urge, es mandar al Banco la nota por si se presentan á cambiarlos.

ELVIRA. (Se sienta al pupitre.) Pues á hacerla. ¿Dónde está la minuta?

MIGUEL. (Sacándola del cajon y dándosela.) Aquí la tienes; extiéndela tú mientras yo escribo al director. (Se sienta al lado opuesto y se pone á escribir.) ¡Date prisa, por Dios! (Elvira se pone á escribir sobre la carta del expediente, que completamente abierta le presenta solo la superficie blanca, ocultándole el texto.)

ELVIRA. Ya tengo casi copiada la seccion primera.

MIGUEL. No, si la que nos han robado es la segunda. (Rubricando una carta.)

ELVIRA. Mandaremos las dos.

MIGUEL. De ningun modo. Que es darles á entender que tenemos más dinero, y nos conviene que lo ignoren!

ELVIRA. ¡Pues haré otra! (Rompe la que estaba haciendo, ó sea la carta, y arroja los pedazos á la chimenea.)

MIGUEL. Con cuidado, no me manches ese expediente. (Va á quitárselo para guardarlo, y nota la falta de la carta.) Chica, ¿y la carta que estaba aquí?

ELVIRA. (Registrando por encima de la mesa.) ¡No sé!

MIGUEL. (Id.) ¿Á ver si me la pierdes? ¿Dónde la has puesto?

ELVIRA. ¡Si no la he tocado!

MIGUEL. No faltaba más sino que la hubieras perdido. ¡Cuando acabo de despreciar catorce mil duros que me ofrecian por ella!

ELVIRA. (Asustada.) ¡Ay!

MIGUEL. ¿Qué?

ELVIRA. Ese papel en que estaba escribiendo la nota...

MIGUEL. Por vida de... (Dirigiéndose á la chimenea y recogiéndola.)

ELVIRA. ¡Pero si estaba en blanco!

MIGUEL. La misma. No sé quién te manda tocar nada. ¿Tenias más que pedirme papel?

ELVIRA. Como me dabas tanta prisa...

MIGUEL. Vamos, es un dia completo. ¡No me has puesto en mal compromiso! ¡Cómo pierdes la razon en cuanto se te habla de dinero! ¡Ni ves, ni oyes, ni entiendes! Á ver, ¿qué hago yo ahora?

ELVIRA. ¡Toma! Dejarlo estar. Así como así, aun no habias dado cuenta de la causa.

MIGUEL. No tengo más remedio que faltar á mis deberes.

ELVIRA. ¡No!

MIGUEL. Dejarme sobornar.

ELVIRA. ¿Y por qué?

MIGUEL. Porque la desaparicion de esa prueba no es obra mia. Yo me negué á la proposicion del soborno, mientras la responsabilidad del delito podia recaer sobre mí; pero ahora que las circunstancias lo han conducido de otro modo, supuesto que contra mi voluntad, no puedo valerme judicialmente de ese documento, justo es que no lo pierda todo y que me aproveche de ese beneficio!

ELVIRA. ¿Y si lo saben, Miguel?

MIGUEL. No, si aun no he dado cuenta de la causa.

ELVIRA. Con todo...

MIGUEL. Mujer, acaban de robarnos veinticinco mil duros, y es preciso irlos recuperando de algun modo.

ELVIRA. Lo que es yo, ya sabes que siempre estoy dispuesta...

MIGUEL. De todas maneras, ya no puedo presentar la carta.

ELVIRA. Es verdad.

MIGUEL. ¡Y luego, que para nada sirve en un proceso de esa naturaleza!

ELVIRA. Chico, ya metidos...

MIGUEL. Le venderé la fineza á don Luis!

ELVIRA. ¿Pero esa nota la mandamos ó no?

MIGUEL. Al instante. La misma minuta servirá; cortándole la numeracion de la primera série. (Corta la nota con el cuchillo del papel, la incluye en la carta y cierra esta poniéndole el sobre.)

ELVIRA. ¡Por supuesto, ponte en seguida á practicar las diligencias para descubrir al ladron!

MIGUEL. No, que me dormiré. ¡Mariano! (Llamando.)

ELVIRA. ¿Qué es esto? (Recogiendo el pañuelo que se le cayó á María.) (¡Jesus! ¡Qué idea me ha cruzado!

ESCENA XIV.

DICHOS y MARIANO.

MAR. ¡Llamaba usted!

MIGUEL. Volando, lleva esta carta al Banco de España. ¿Sabes dónde es?

MAR. Si señor.

MIGUEL. Pues anda. Di: ¿ha venido alguien desde que me llamaste para almorzar?

MAR. No señor: á poco rato cerré la puerta segun costumbre.

MIGUEL. Vete en seguida. (Váse Mariano.)

ESCENA XV.

MIGUEL y ELVIRA.

MIGUEL. Es muy extraño. No sé de quién sospechar. ¡Mariano! No: ¡es muy fiel!

ELVIRA. ¿Mariano? ¡Imposible!

MIGUEL. Con todo, si fuera él... Yo que le he mandado al Banco... Á buena hora presentaria la carta. (Queriendo salir en su busca.)

ELVIRA. ¡Espérate! Mira lo que acabo de encontrarme en el suelo

MIGUEL. Un pañuelo. Ya es un dato.

ELVIRA. Mira las iniciales.

MIGUEL. (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Crees?

ELVIRA.
No sé que te diga Anton,
el hocico traes untado,
y á mi me falta un lechon.

MIGUEL. Pero esa duda es impia. Una pobre niña á quien acabamos de dar hospitalidad en nuestra casa!

ELVIRA. No parece sino que no abunden los ejemplos de ingratitud...

MIGUEL. Vamos, no lo puedo creer.

ELVIRA. Yo la dejé en su cuarto: tú la llamaste para almorzar;

no fué, y en cambio te faltan veinticinco mil duros, y te encuentras con su pañuelo en tu despacho.

MIGUEL. ¿Sabria algo?

ELVIRA. No, sino que la curiosidad la habrá hecho tropezar con los billetes, y si tiene esos instintos...

MIGUEL. ¡Calla, calla! ¡Me repugna, no puedo abrigar esa idea.

ELVIRA. ¿No? Pues... (Viendo salir á Maria.) Mira, mira y vete convenciendo de que tengo un corazon más leal que el tuyo.

MIGUEL. ¡Jesus! ¿Será verdad? (Aparece Maria con mantilla puesta, como se presentó en su primera salida.)

ELVIRA. (Ap. á Miguel.) (¡Calla!)

ESCENA XVI.

DICHOS y MARIA, á la puerta de su cuarto.

ELVIRA. ¿Qué es eso? ¿á dónde vas?

MARIA. (Es preciso.)

ELVIRA. ¡Responde!

MARIA. Elvira, don Miguel, viviré eternamente reconocida al bien que me han dispensado ustedes sacándome de la miseria, pero no puedo aceptar la hospitalidad que tan cariñosamente me acaban de ofrecer.

MIGUEL. (¡Aun dudo!)

ELVIRA. ¿Y por qué?

MARIA. Ese es mi secreto: suplico á usted que le respete.

ELVIRA. Sin embargo, sin una razon que me convenza no me es dable asentir á tu pretension.

MARIA. Ruego á usted que me evite hacerla una confesion que me avergonzaria.

MIGUEL. ¡Cómo!

ELVIRA. (Ap. á Miguel.) (¿Lo ves?) En ese caso seré yo quien te interrogue. ¿De quién es este pañuelo?

MARIA. ¡Mio!

ELVIRA. ¿Y cómo se te cayó en este cuarto si estabas en el tuyo?

MARIA. Porque...

ELVIRA. Acaba.

MARIA. (*Trata de marcharse.*) No puedo. ¡Adios!

MIGUEL. (¡Qué ingratitud!)

ELVIRA. No; tú no sales de aquí. Tu crímen no puede quedar impune.

MARIA. ¿Usted sabe?...

ELVIRA. ¡Yo solo sé que en mi casa acaba de cometerse un robo!

MARIA. ¡Jesus! (*Horrorizada.*)

ELVIRA. Del que tú puedes acaso darnos cuenta.

MARIA. ¡Vírgen santa! ¡Y dudan de mí! ¡Robarles yo... cuando... los que me roban son ellos!

MIGUEL. ¿Eh? (*Sobresaltado.*)

ELVIRA. ¡Cómo!

MARIA. ¡Padre de mi corazon! (*Cae sin sentido sobre la silla, al lado de la puerta del cuarto.*)

MIGUEL. ¡Maria!

ELVIRA. ¡Se ha desmayado!

MIGUEL. ¿No has oido? (*Con la mayor ansiedad toda la escena.*)

ELVIRA. Sí; ha dicho que la robada es ella.

MIGUEL. Sin duda lo sabe todo.

ELVIRA. Tal vez.

MIGUEL. Yo voy á devolverla ese dinero...

ELVIRA. Espera... Aún no... Qué sabemos...

MIGUEL. ¡Imposible!... Yo no paso por la vergüenza de... ¡Me ahogo!

ELVIRA. Pero si no puedes entregárselo: si te falta la mitad.

MIGUEL. No importa... La diremos... Pretextaremos... (*Acercándose al escritorio y abriendo el cajon en que estan los billetes.*)

ELVIRA. Ademas, ella no puede justificar...

MIGUEL. No, no; en estas circunstancias no me atrevo á ser malo. Creo que se mueve. (*Elvira se acerca á Maria*) ¡Ay! ¡Qué lucha! ¿Quién?

ESCENA XVII.

DICHOS Y LUIS.

Estos dos sostienen su diálogo á un lado del proscenio, mientras al opuesto Elvira con su cuerpo oculta á Maria á los ojos de Luis.

LUIS. ¡Soy yo!

MIGUEL. Viene usted en mala ocasion.

LUIS. Al querer cometer una falta, por un error involuntario, puedo prestarle á usted un inmenso servicio. Tome usted. (Dándole el expediente.)

MIGUEL. ¡Ah! ¡Cómo! ¿Usted fué?

LUIS. Fácil le será á usted adivinar el móvil que me impulsó. Ahora júzgueme usted como le plazca.

MIGUEL. Vuelva usted más tarde. Tenemos que hablar.

LUIS. ¡Oh, comprendo! ¡Gracias! (Váse.)

ESCENA XVIII.

DICHOS ménos LUIS.

MIGUEL. ¡Elvira! ¡No fué ella! ¡Mira!

ELVIRA. ¿Los billetes? ¡Ay, qué alegria! ¿Pero cómo...

MIGUEL. Ya te explicaré lo que comprendo. (Guardándolos con los otros en el cajon.)

ELVIRA. Es decir que ya no le devolverás á Maria...

MIGUEL. Sí, eso siempre.

ELVIRA. Pero...

MIGUEL. No, ella lo sabe; estoy firmemente persuadido, y yo á oscuras seré criminal, pero con luz... no, no, con luz... no tengo valor para serlo.

ELVIRA. Calla, que vuelve en sí. (Se queda al lado de su marido, junto al cajon de los billetes.)

MARIA. (Reponiéndose.) Dios les perdone á ustedes el daño que me han hecho. Adios.

MIGUEL. Espera... acabas de pronunciar unas frases... muy duras para nosotros, que... afectan á nuestro buen nombre, y... ¡no es posible... que te dejemos marchar sin exigirte antes una explicacion que... aclare los hechos...

ELVIRA. No hagas caso, lo habrá dicho sin intencion de herirnos.

MIGUEL. No... no... Tú supones que los... que... te robamos somos nosotros... y necesito que nos digas... qué es lo que... se te roba.

ELVIRA. No habrá querido decir eso.

MARIA. ¡Sí! (*Miguel tira del cajon.*) Me roban ustedes lo que más debieran respetar por ser la única herencia de mi padre.

MIG. y ELV. ¿Qué? (*Miguel mete las manos en el cajon para sacar los billetes.*)

MARIA. Lo que hay para mí de más sagrado en el mundo. (*Miguel va sacando los expedientes que guardan los billetes.*)

ELVIRA. (*Asaltada por una idea.*) ¡Ah! (*Deteniendo la mano de su marido.*) ¡Espera... Nómbralo!

MARIA. ¡El honor! (*Cubriendo su rostro para llorar.*)

MIG. y ELV. ¡Ah! (*Descansando de su lucha.*)

ELVIRA. (*Dando un manoton al expediente para obligar á Miguel á que le guarde y corriendo á abrazar á Maria.*) (Tonto, cierra.) (*Aparte á Miguel.*) Perdónanos, hija; pero las circunstancias...

MIGUEL. Sí... ya ves... las circunstancias... (*Ap.*) ¡Respiro! (¡No era más que el honor!) (*Echa la llave al cajon y se la mete en el bolsillo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y MIGUEL.

MIGUEL. ¡Jesus! ¡Jesus! me ha dejado sin saber lo que me sucede.

ELVIRA. ¿No te dije que me parecia aventurado el recibirla en casa? ¡Yo sé lo que son las muchachas de hoy dia!

MIGUEL. ¿Pero qué va á ser de la infeliz sin nadie en el mundo á quien volver los ojos?

ELVIRA. Chico, nosotros ya hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano por evitar que nos dejase; pero ya has visto que todo ha sido inútil.

MIGUEL. ¡Prefiere el hambre y la miseria á consentir en que seamos testigos de su deshonra! ¡Desgraciada! Por supuesto, que ahora más que nunca debemos procurar que no la falte nada.

ELVIRA. ¡Indudablemente!

MIGUEL. Voy á escribirla haciéndola ver que las visitas de don Luis son accidentales, y de este modo acaso se decida volver á nuestro lado.

ELVIRA. No; á eso sí que me opongo muy formalmente. Accedo

á que sufraguemos cuantos gastos exijan sus necesidades; á satisfacer hasta sus caprichos; pero á traérmela á casa despues de lo que nos ha revelado? ¡No, hijo, no! ¡eso es muy grave!

MIGUEL. Bien mirado, la responsabilidad recaeria sobre nosotros, porque acaso supusieran que por poca vigilancia de nuestra parte...

ELVIRA. Señor, y que ella ha dicho terminantemente que se moriria de vergüenza al lado nuestro, y que solo confesaba su falta para justificar su determinacion de abandonarnos.

MIGUEL. Ahí tienes una mujer perdida, y una pobre criatura que no podrá llamar padre á su padre.

ELVIRA. ¡Es claro! porque cómo ha de descender don Luis de la posicion que ocupa...

MIGUEL. ¡Imposible! Pero esta bendita muchacha ¿cómo no se enteró de quién era él?

ELVIRA. ¡Toma! Se conoce que es un seductor de oficio. La diria que sus fines eran los de un hombre honrado, y ella lo creyó sin más ni más.

MIGUEL. Por supuesto, que de todo nadie tiene la culpa sino su padre. Ese abandono en que la tenia, que tú recordarás que cuantas veces hemos ido á visitarlos estaba sola Maria.

ELVIRA. ¿No ves que á Antonio le faltaba el tiempo para consagrarse al vicio? La pobre chica sin nadie que la aconsejara, vió á un hombre guapo que la interesó el corazon, y tanto por lo precario de su vida, cuanto por las demas circunstancias que la rodeaban, se fué dejando llevar insensiblemente hasta estrellarse.

MIGUEL. Dime tú si ese hombre, ni con cien vidas que tuviera pagaba el mal que ha hecho.

ELVIRA. Todos sois lo mismo.

MIGUEL. ¡Pero es muy infame! ¡Por supuesto que en cuanto le vea, se va á tapar los oidos para no oirme!

ELVIRA. Te guardarás muy bien.

MIGUEL. ¡Ah! ¿quieres que permanezca insensible á la desgracia

de la pobre Maria?

ELVIRA. No, siéntela cuanto quieras; pero á él no le digas una palabra, porque te contestará, y con razon, que no eres su padre para pedirle cuentas, y que ella ya tiene edad suficiente para haberse sabido guardar.

MIGUEL. ¿Y quién le manda al muy bribon?... Yo le aseguro que no van á quedarle ganas de volver por aquí.

ELVIRA. Bueno, bueno. Tú harás lo que yo te diga y nada más. En este momento te domina esa idea, y no tienes presente que nos ha ofrecido catorce mil duros por hacer desaparecer un documento de una causa.

MIGUEL. ¡Y qué! Doy yo los catorce mil duros por el gusto de...

ELVIRA. ¿Que los das?

MIGUEL. ¡Vaya!

ELVIRA. ¡Á ver! mírame para decirlo. ¡Qué los has de dar!

MIGUEL. (Sonriendo.) ¡Qué cosas tienes!

ELVIRA. Pues claro está. Mire usted de qué hija nuestra se trata para que tomemos con tanto furor una falta que... ¡Y si fuera este el único ejemplo! pero...

MIGUEL. La verdad es que hoy las niñas nacen con unos instintos que... ya, ya; y luego... que con catorce mil duros se puede tener una casa de recreo magnífica!

ELVIRA. Vamos, bien; así te quiero yo; razonable. No es este siglo de enderezar entuertos!

MIGUEL. ¡Si este pícaro mundo es así!

ELVIRA. Para cuatro dias que vive uno... Y cómo se desarrollan los niños en el campo...

MIGUEL. Los aires... el ejercicio...

ELVIRA. Y tambien en los mayores produce magníficos resultados.

MIGUEL. El ejercicio... los aires... ¡pobre Maria!...

ELVIRA. ¿Pero has notado qué mal se aviene uno cuando tiene dinero con perderlo?

MIGUEL. ¡Calla, calla! que el susto que yo pasé...

ELVIRA. ¿Y es que por quitarte el expediente en que estaba la carta tomó el otro?

MIGUEL. ¡Sin duda! como yo me negué tan terminantemente.

ELVIRA. Déjale, que él lo pagará todo junto. ¡Doscientos ochenta mil reales!

MIGUEL. Es casi una fortuna. No vendrán mal.

ELVIRA. Me los das para alfileres, y...

MIGUEL. ¡No, todo no, deja algo para horquillas! ¡Pues habia para cegar el Océano.

ELVIRA. Mira, yo voy á disponer algo, porque con tanto incidente nos hemos quedado sin almorzar, y me siento débil!

MIGUEL. Sí, mujer; que lo arreglen pronto.

ELVIRA. En seguida. (Váse.)

ESCENA II.

MIGUEL.

¡Este demonio de Elvira ve las cosas tan claras! Al momento la encuentra su compensacion. Abandonado á mis propios sentimientos, estoy persuadido de que yo hubiera tenido disgusto para dias; y gracias á sus reflexiones, lo siento, sí, claro es que lo siento; pero conozco que no hay por qué extralimitarse. ¿Así se ganan catorce mil duros sin más ni más? ¡Pobre chica!

ESCENA III.

MIGUEL y D. LUIS.

LUIS. ¿Se puede?

MIGUEL. (¡Ah, prudencia!) Adelante, siéntese usted. (Lo hacen.)

LUIS. ¡Héme aquí dispuesto á que usted me juzgue!

MIGUEL. Verdaderamente deberia proceder con el mayor rigor, si solo me atuviese á la primera parte de los hechos.

LUIS. Estaba usted tan intransigente; la situacion para mí era tan crítica, y las circunstancias se me presentaban tan favorables, que atropellando por todo traté de salvar el honor de mi familia á toda costa.

MIGUEL. Pues bien: como quiera que posteriormente me ha prestado usted un inmenso beneficio devolviéndome un dinero que se me habia confiado en calidad de depósito, me veo en el caso de prescindir de su conducta punible y apreciar solo la meritoria.

LUIS. ¡Que creo deba estimarse en algo!

MIGUEL. No en tanto como usted supone. Si se refiere á haber evitado la tentacion de apropiárselo, puesto que ni esos pueden ser los instintos de usted, ni la impunidad de su delito era tan palmaria que se resolviese á cometerlo: pero en fin concedamos que en algo debe galardonarse; y pues los antecedentes nos son ya conocidos pongámonos de acuerdo sobre el cuánto.

LUIS. No cabe en mí el apreciar...

MIGUEL. Pues yo lo haré y me parece que no ha de quedar usted descontento. ¿Será suficiente con que desaparezca de los autos la consabida carta?

LUIS. (*En el colmo de la alegria.*) ¡Oh! ¡Gracias, gracias! No sabe usted el inmenso beneficio que envuelve su proceder.

MIGUEL. Lo supongo, y esto le probará á usted lo mucho en que estimo el suyo.

LUIS. Es verdad.

MIGUEL. Pues nada; puede usted decirla á su hermana que viva tranquila, y que deseo su felicidad aun á costa de mi perjuicio.

LUIS. ¡Va á enloquecer de alegria!

MIGUEL. Yo, naturalmente, me expongo á un grave riesgo.

LUIS. ¡Pero devuelve usted la paz á una familia entera!

MIGUEL. En vano busco modo de disculparme con el juez; no le hay.

LUIS. Su reputacion de usted le pone á cubierto de todo.

MIGUEL. De todo no, porque lo lógico es que me priven de mi ejercicio.

LUIS. ¿Sí?

MIGUEL. Por supuesto. Y ya ve usted, yo que no cuento con más recursos que con mi trabajo... Tengo un hijo y una espo-

sa... y si les faltara algun dia la subsistencia...

LUIS. ¡Es horrible!

MIGUEL. ¿Verdad?

LUIS. ¡Mucho!

MIGUEL. (Temeroso.) En ese caso no extrañará usted si... al acceder á su deseo, no con la mira de una retribucion, sino... como un paliativo á la calamitosa vida que me espera... me resuelvo, aunque con repugnancia, á aceptar la oferta que usted me hizo.

LUIS. ¡Ah! ¡Yo creí!...

MIGUEL. No, porque ya ve usted que una vez recuperado mi dinero, podia yo muy bien insistir en mi negativa, y cuando por el contrario, desisto...

LUIS. ¡Es verdad!

MIGUEL. De modo que...

LUIS. Acepto: nada más justo en usted que precaver y evitar una contingencia... Cuando usted guste le entregaré los...

MIGUEL. Catorce mil...

LUIS. ¡Justo! Los catorce mil duros.

MIGUEL. Pues ahora, un pagaré...

LUIS. Corriente. Puede usted darme la carta.

MIGUEL. (Desconcertado.) ¿La carta?

LUIS. ¡Sí!

MIGUEL. La .. carta... no puedo entregársela á usted, pero le aseguro que desaparecerá del expediente.

LUIS. No dude usted del crédito que me inspiran sus palabras, pero usted conocerá que sin esa garantía yo no puedo desprenderme de una cantidad tan considerable, porque ¿quién me asegura que ese documento no cae mañana en otras manos que traten de explotarme nuevamente?

MIGUEL. (Confuso.) No, no; yo se lo garantizo á usted.

LUIS. No basta...

MIGUEL. Es que...

LUIS. Puede usted perderlo.

MIGUEL. ¡No!

LUIS. Pueden robárselo á usted.

MIGUEL. ¡Vamos! Para que usted se tranquilice le haré una confesion. La carta .. la he quemado...

LUIS. Pues amigo, yo lo siento mucho... pero á no ser por medio del cange indicado...

MIGUEL. ¿Dudaria usted acaso de mí?

LUIS. No: pero ya ve usted que yo expongo una cantidad que merece la pena.

MIGUEL. ¿Y mi palabra?... ¿No basta á satisfacer sus exigencias?

LUIS. Palabras nada más...

MIGUEL. (Sin salida.) Eso es pisotear el buen concepto de que gozo... Usted me insulta.

LUIS. No tal.

MIGUEL. ¡Sí señor! Duda usted de mi probidad, y no tolero...

LUIS. Pues bien: ya que usted me obliga á ello, sí señor, dudo.

MIGUEL. ¡Cómo!

LUIS. Y usted me da derecho á dudar desde el instante en que accede á ser cómplice conmigo en un hecho tan punible.

MIGUEL. (Ciego de cólera.) ¡Infame!

LUIS. (Poniéndose sobre sí.) ¿Eh?

MIGUEL. ¡Es decir que llevo el castigo en mi propio crímen! No debia sorprenderme una accion tan grosera en un hombre que no reconoce límites á sus demasias.

LUIS. Le suplico á usted que se reporte y no abuse de la inviolabilidad de su domicilio. Soy un hombre de honor...

MIGUEL. ¡Sí, del que roba usted al prójimo!

LUIS. ¿Qué?

MIGUEL. Registre usted su conciencia, á ver si le responde al nombre de Maria.

LUIS. ¡Oh! No tengo que dar á usted cuentas de mi conducta.

MIGUEL. ¡Es usted un malvado!

LUIS. ¡Basta!

ESCENA IV.

DICHOS y MARIANO.

MAR. Señorito, un comisionado del Banco de España quiere hablar con usted á propósito de la carta que le llevé hace poco.

MIGUEL. ¡Ah! sí, ya es inútil.

MAR. Le acompañan un señor juez y un escribano.

MIGUEL. ¡Querrán llenar alguna formalidad! Que pasen á la sala. Voy al momento. (Abre el cajon del pupitre, que luego cierra, y saca el expediente recuperado. Mariano se va.)

ESCENA V.

MIGUEL y D. LUIS.

MIGUEL. Usted me hará el favor de no pisar en su vida mi casa; y si le queda á usted un átomo de delicadeza; si en la perversidad de su conducta hay un pequeño descanso, recuerde usted que una pobre huérfana ha rechazado mi hospitalidad, como rechazaria sus dádivas de usted, y acaso vague errante sin más compañero que los remordimientos y la vergüenza. (Miguel va conmoviéndose.) Piense usted en que Dios la castiga de un modo horrible; y que así como ella compartió su crímen con usted, usted tendrá necesariamente que compartir con ella su expiacion. Y si algun dia, desafiando el hambre, luchando con el frio, y con la mancha del pecado de sus padres en la frente, ve usted á una tierna criaturita que suplicante le pide una limosna, abra usted su mano y medite que á quien pudo con un puñado de oro echar un remiendo al honor de su hermana, no le bastarán todas las riquezas del universo para impedir que caiga sobre su cabeza la maldicion eterna de su hijo! (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

LUIS.

¿Qué es esto? ¿qué pasa por mí? Ese hombre me ha llenado de dicterios y no he ahogado su voz entre mis manos! María abandonada, huérfana, madre, y sobre mi frente el anatema de mi hijo. ¡Oh! ¡qué horroroso! ¡qué cosa tan horrible son los remordimientos! ¡Nunca se habian despertado en mí, y hoy, hoy me martirizan de un modo inhumano! Que ella me rechazaria; que mi hijo... ¡un hijo! ¡tener un hijo á quien no poder estrechar entre mis brazos ni colmarle de caricias! ¡Saber que mientras yo nado en la opulencia, él ha de sucumbir al hambre y al frio, y que mi recuerdo solo se ha de agitar en su memoria para ser maldecido! Yo me ahogo... ¡Las lágrimas escaldan mis mejillas! ¡y mi corazon se rompe al golpe de sus latidos! ¿Qué importan las preocupaciones mundanas? ¿Y mi conciencia? ¿Y Dios? (Llorando.) ¡Oh! sí, sí; la madre de mi hijo debe llamarse mi esposa! (Váse precipitadamente.)

ESCENA VII.

MIGUEL á poco de irse LUIS. No trae el expediente. Su manera de presentarse no se puede explicar; es preciso que el actor se identifique completamente con la situacion.

MIGUEL. ¡Es la horrible, la desnuda realidad! ¡Sobre mi familia pesando la mancha del más ignominioso de los delitos! Elvi... (Queriendo llamarla.) ¡Oh! No tengo fuerzas para decírselo. ¡La escribiré, sí! (Se sienta al pupitre ocupando el sitio que mira á la chimenea, á fin de estar vuelto de espaldas al lado izquierdo de la escena.) La pluma se me cae de las manos. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuán grande, cuán omnipotente eres! (Sollozando.) ¡Acabemos! Si los veo

va á faltarme el valor. ¡Señor! ¡Y hay quien dude de tí? ¡Mundo miserable, yo te desprecio! (Se pone á escribir.)

ESCENA ÚLTIMA.

MIGUEL y ELVIRA.

ELVIRA. (Por la puerta primera izquierda.) ¡Ah! está trabajando. Apuesto cualquier cosa á que le escribe á Maria suplicándole que vuelva á casa. Voy á verlo. (Se acerca de puntillas hasta colocarse detrás de su marido, en cuya disposicion va leyendo lo que él escribe.) «¡Elvira mia!» ¡Calle! ¡Pues es á mí á quien escribe! ¡Y qué cariñosamente! ¿Qué saldrá de aquí?

MIGUEL. (Leyendo á medida que escribe y sollozando al par que lee. Elvira jugando la fisonomia segun el texto.) «Cuando nuestro hijo empiece á balbucear, exijo que lo primero que aprenda á decir sea «Creo en Dios.»

ELVIRA. (Riendo.) (¡Jesus! qué ascetismo!)

MIGUEL. «Presida esta santa creencia todos tus actos, y no olvides que el más oculto crímen recibe su condigno castigo.»

ELVIRA. (Pues la cosa es séria.)

MIGUEL. «Cuando las circunstancias te brinden con su mentido halago, recházalas enérgicamente; sus promesas son falaces; no te rijas nunca más que por ese perfecto código que se llama la conciencia. No tengo valor para verte, y te escribo; así recibirás las lágrimas de arrepentimiento que humedecen este papel, y que son fiel trasunto de la pena que me devora. Mi más tierno abrazo para tí: para mi Enrique el beso más cariñoso que darle puedas; y hazle ver, para que aborrezca el delito, que su pobre padre va á expiar su falta al lado de los más repugnantes malhechores!»

ELVIRA. ¡Qué dice! (Ahogada por la emocion.)

MIGUEL. «Yo cometí un crímen, y cuando los hombres lo ig-

noraban, cuando el misterio más impenetrable ofrecíame seguro abrigo, Dios, desgarrando el denso velo que le cubria, me exhibe al mundo deshonrado, nos separa, y os sume en la más espantosa de las miserias para despertar nuestro arrepentimiento. (Pausa.) Sí, Elvira; terrible expiacion! ¡Los billetes son falsos!...» (Dando suelta al llauto.)

ELVIRA. ¡Ah! (Dando un horroroso grito, al que se vuelve Miguel levantándose asustado, y entrambos sin dar tiempo ni aun á mirarse, se arrojan mútuamente en los brazos diciendo al par la frase.)

MIGUEL. ¡Elvira de mi alma!

ELVIRA. ¡Miguel mio! (Telon rapidísimo.)

FIN DE LA OBRA.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, cubriendo D. Luis el honor de doña Maria.

Remítase para su aprobacion el ejemptar arreglado.

Madrid 7 de Noviembre de 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

Habiéndose corregido la obra por el autor para dejar salvado el honor de doña Maria, y remitido nuevamente á la censura el ejemplar arreglado, recayó la siguiente:

Examinadas las enmiendas hechas no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 17 de Noviembre de 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Corregir al que yerra... Comedia en un acto, original en verso.
El onceno no estorbar... Id. en un acto, id. id.
La escala del matrimonio. Id. en tres actos, id. id.
Candidito... .... Id. en un acto, id. id.
No lo quiero saber...... Id. en un acto, id. id.
¡Pobres mujeres!........ Id. en un acto, id. id. (Segunda edicion.)
El piano parlante....... Id. en tres actos, id. id.
El sueño de un soltero. . Id. en un acto, id. id.
Moneda corriente........ Id. en tres actos, id. id.
Cuestion de forma....... Id. en tres actos, id. id.
El jugador de manos.... Comedia en tres actos arreglada del francés.
Las circunstancias....... Id. en tres actos y en prosa.

APÉNDICE.

Al pensar y escribir esta obra, jamás entró en mi idea que la falta del más sagrado deber sirviese á Maria de escalon para el tálamo, y al efecto presenté á D. Luis casado, dejándole al final con los remordimientos de su conciencia, mientras Maria expiaba con la vergüenza y el abandono su vergonzoso crímen.

Razones especiales que mi buen amigo el Sr. Serra adujo, me decidieron á respetar su dictámen como censor, dando lugar á las variantes consiguientes en el acto tercero, que si bien insignificantes en cuanto á la forma, son de suma importancia para la intencion filosófica de la comedia, intencion que en mi deseo de que sea conocida tal y como la concebí, me obliga á hacer la historia de este episodio.